



NOTICIAS DEL
archipiélago

JAVIER ESPINOSA MANDUJANO

SECCIÓN DE HISTORIA

Noticias del archipiélago

CH
972.75
E775

Espinosa Mandujano, Javier

Noticias del archipiélago / Javier Espinosa Mandujano. — Tuxtla
Gutiérrez, Chiapas, México : Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas :
UNICACH, 2012.

142 p. ; 21 cm.—(Sección de Historia)

ISBN en trámite

1. ENSAYOS CHIAPANECOS 2. LITERATURA MEXICANA —
CHIAPAS. 3. CHIAPAS — HISTORIA

© JAVIER ESPINOSA MANDUJANO

Diseño de portada: RAÚL ORTEGA

Corrección de estilo: ANA MARÍA AVENDAÑO ZEBADÚA

Diagramación: MÓNICA TRUJILLO LEY

Dibujo de ceiba: LICHA MATTA

D.R. © 2012 Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas

Este libro se publica con el auspicio de la Universidad
de Ciencias y Artes de Chiapas (UNICACH), siendo rector el
Mtro. Roberto Domínguez Castellanos.

ISBN: En trámite

HECHO EN MÉXICO

NOTICIAS DEL
archipiélago

JAVIER ESPINOSA MANDUJANO



PUBLICACIONES DEL
ATENEO DE CIENCIAS Y ARTES DE CHIAPAS
2012

Palabras preliminares del editor

Con este libro de Javier Espinosa Mandujano se abre la actividad editorial del Ateneo de Ciencias y Artes de Chiapas, en su refundación, con el ánimo, el entusiasmo y la responsabilidad que nos depara recordar, recuperar, custodiar y, hasta donde sea posible, revivificar, la gran experiencia que se dio con el Ateneo viejo y original, de 1948 a 1959, en que florecieron ensayistas, críticos, narradores, poetas, cuentistas, historiadores, arqueólogos, economistas, sociólogos, biólogos, grabadores, cronistas, médicos, fotógrafos, pintores y escultores, juristas, bailarines, directores y autores teatrales, periodistas e impresores, que expresaron novedosas iniciativas en el campo de la cultura, trabajadas con sentido de descubrimiento, innovación y universalidad, aun siendo experiencias estrictamente locales, que constituyen, quizá, sus atributos más atractivos.

Por otra parte, el mundo de hoy, transfigurado por avanzadas tecnologías de la información y del conocimiento que, dicho sea de paso, no han logrado, en algunos casos, éxitos de ninguna naturaleza —por ejemplo, con algo tan imprescindible como la idea de la historia— a pesar de su modernidad requiere, como siempre, de los puntales de la unidad de la reflexión, es decir, de la reflexión comunitaria aun con su diversidad, y mejor todavía con ella, que intente descubrir y consolidar la contribución, la obra creativa, que pueda aportar cada quien desde el apartado rincón del planeta

que ocupe y, como sucedió con nuestro Ateneo del siglo pasado, inmersos en la visión y sentimiento global de la cultura. Y es lo que intentaremos retomar y hacer nosotros. Aquí va de por medio el examen de lo que somos y queremos ser, de lo que hemos sido antes y lo que anhelamos ser.

Estamos a más de 60 años de aquella floración del pensamiento ateneísta, hasta cierto punto no sólo auspiciada sino protegida por el humanismo del estado de aquellos años, que logró conjugarse bien con las aptitudes creativas de la gente del Ateneo, además de que atrajo la obra reveladora de intelectuales e investigadores de otras latitudes, que vinieron con entusiasmo y sabiduría a acompañarnos, algunos de ellos para toda la eternidad, en el tránsito de la vida y la cultura en el territorio de esta provincia.

El florecimiento del Ateneo es un acontecimiento que está todavía por investigarse de manera más honda, de cómo lo vivimos quienes fuimos contemporáneos de aquel suceso, y mucho más de cómo lo consideran generaciones posteriores a los tiempos del general Grajales, del licenciado Aranda Osorio y de su prolongación al gobierno del doctor León Brindis.

En el número 1 de la Revista Ateneo, aparecida en marzo de 1951, puede verse que constituyen el sustento editorial de esa publicación Agripino Gutiérrez, Alberto Gutiérrez, Armando Duvalier, Eduardo J. Albores, Jorge Olvera, Eliseo Mellanes y Jorge Tovar, todos ellos prestigiados maestros del Instituto de Ciencias y Artes de Chiapas (ICACH), algunos con muchos años de servicio. No aparecen todavía el maestro Fábregas, Marín Barreiro, don Ángel Corzo, Cabrera Nieto ni Ventura, el mismo Pachi Casahonda, el maestro Chemita de la Cruz, don Jacobo Pimentel, don Tomás Martínez, el maestro

Montesinos, ni el maestro Selvas, también profesores icachenses que constituyeron una especie de limo industrioso y articulante de las viejas novedades que otros, y ellos mismos, empezarían a descubrir en folletos, periódicos y libros, y hacerlos circular más allá de nuestras provincianas fronteras, principalmente a través de la Revista del Ateneo. La gente del Icach es fundamental en el florecimiento de aquellos tiempos.

Rómulo Calzada, su real inspirador, vio que aquel instituto estaba conformado por un excelente grupo de intelectuales y artistas. Bastó agregar su propio trabajo, y el trabajo de expertos avanzados como Faustino Miranda, Pedro Alvarado Lang, Miguel Álvarez del Toro, Fernando Castañón Gamboa, Franco Lázaro, nuestro genial grabador, y a Rosario, además de Blom, doña Gertrudis, al arquitecto Arai, al malogrado arquitecto Toscano y alguno más, y tuvo ya algo que creció sorprendentemente como un humanismo casi renacentista.

Sin embargo, lo que vendría después se movía entre las jóvenes generaciones icachenses. En 1948 Mercedes Camacho Calvo, estudiante del ICACH, iniciaba la publicación de *Amanecer*, una espléndida puerta que invitaba a los jóvenes artistas e intelectuales de Chiapas a hacer uso de sus páginas, una experiencia que perduró a través de un esfuerzo extraordinario. En 1950 el periódico *El Estudiante*, entonces el más antiguo de Tuxtla, en que Rosario, Jaime y Noquis habían publicado sus primeros ensayos, dirigido en aquel año por Javier Espinosa, publicaba un poema fuerte y novedoso de Luis García Corzo y un ensayo dramático del propio Espinosa.

Los icachenses presionaban, de alguna manera, para que se les abrieran las puertas del santo santorum del Ateneo y Fábregas Roca en 1957, presidente del Ateneo y director de su revista, enterado de

las aspiraciones de sus alumnos, abrió en esa publicación una tercera vocalía “de acción juvenil”, en la que designó a Luis García como representante de las nuevas generaciones. Un año antes, en 1956, curiosamente, en el éter de la centenaria San Cristóbal de Las Casas, cinco jóvenes artistas, Laco, Óscar, Daniel, Shelley y Labastida, entre los 18 y 20 años de edad, construían con un sentido heroico y de ciertos profetismos, la nueva literatura y poesía de Chiapas. En aquel mismo año Javier Espinosa funda en unión de Rosario Castellanos, Carlo Antonio Castro, Carlos Jurado, Fernando Correa y Prudencio Moscoso, el Círculo de Estudios Sociales de la Escuela de Derecho, que publica la *Revista Círculo* dirigida por Espinosa Mandujano, cuyo primer número es hoy un verdadero tesoro bibliográfico.

Sin embargo en la antigua Ciudad Real de Chiapa, desde 1942, se había fundado y respiraba con gran fuerza la prestigiada Sociedad Científica, Literaria y Artística de San Cristóbal de Las Casas, animada por la maestra María Adelina y monseñor Eduardo Flores y viejos y connotados maestros sancristobalenses. Aquel florecimiento coeto fue anterior al florecimiento del Ateneo tuxtleco. Pero hubo un genuino entendimiento entre la gente de Tuxtla y la de San Cristóbal.

De aquella danza de aptitudes creativas tuxtlecas y de las estrechas relaciones con los viejos ateneístas, surgió a principios de 1959, la nueva directiva del Ateneo presidida por Javier Espinosa, en una elección celebrada en las oficinas de la Dirección de Bellas Artes del Estado, que tenían a su cargo don Pedro Alvarado Lang y el profesor Jacobo Martínez. Asistieron a aquella reunión, además, don Armando Duvalier, el maestro Agripino, don Chema de la Cruz, el profesor Mellanes, don Jacobo Pimentel, el maestro Fábregas, don

Miguel Álvarez del Toro, Carlos Ruiseñor, Penagos Tovar y algunos más. La preocupación era la concesión del Premio Chiapas de aquel año, que superados algunos malos entendidos, el mismo don Samuel León propuso, con la mayor delicadeza y respeto al Ateneo, institución convocante y decisoria, al joven poeta Jaime Sabines, con la consecuente satisfacción del H. Jurado Calificador.

Espinosa Mandujano y Daniel Robles pronunciaron los discursos alusivos, que el poeta publicó, después, en un libro autobiográfico muy conocido. Todavía hasta 1963, el Ateneo convoca y otorga el Premio Chiapas a gente muy distinguida en las ciencias y las artes. Fue el último gran respiro de aquella memorable institución, de profundo y rápido florecimiento. En los meandros de los años que van de 1956 a 1970 y tantos, se conforma La Espiga Amotinada y un poco más adelante el Grupo Ceiba que tienen una impronta significativa en nuestra cultura. A este último grupo se agregan dos personajes sobresalientes: Moisés Guillén Oropeza, un agrónomo michoacano de expresivo rostro zapatista, lector de Machado y Neruda, en tardes memorables, frente al viejo palacio de gobierno; y Carlos Navarrete que reactiva, hasta la fecha, la memoria de nuestra larga duración mesoamericana.

Nos queda, como se ve, un trabajo que hacer. Tenemos que organizarnos y prepararnos para caminar los tiempos en que estamos y los que vendrán. Se trata de seguir armando los andamios que nos permitan seguir construyendo nuestra casa, con los brotes y soldaduras que Chiapas produce abundantemente.

Prólogo

En este libro se expresa la idea de Chiapas como la reunión de pueblos diversos, ubicados a diferentes alturas, con lenguas distintas, culturas propias, tradiciones religiosas, incluso míticas, y fiestas populares características de cada quien; maneras de ser, la comida, el vestido, el habla, que cada uno ha elaborado en el curso de los siglos, en un proceso de relación con la naturaleza y con el tiempo histórico que a cada quien corresponde, como una condición ineludible y como un requerimiento de coherencia y de identidad.

En esta reunión de pueblos, hasta cierto punto desarticulados, se da, sin embargo, una profunda unidad de percepciones de la vida y la experiencia comunes. Es una experiencia que viene de inmemorables años atrás. Los chiapanecos estamos unidos geográfica, antropológica, histórica y estéticamente por la fuerza de la naturaleza y por el prestigio de nuestros muertos. Ahora debemos alentar la vida y la historia moderna de Chiapas con los poderes de nuestra tierra y con el acuerdo de quienes vivimos aquí, de los vivientes de hoy, armados como estamos con las aptitudes esenciales que nos heredaron nuestros viejos y cercanos antepasados, pero agregándole ahora el ingrediente fundamental de la unidad y del concierto, que sólo funcionarán bien en este archipiélago si a ellos se agrega consistentemente la igualdad, la justicia y la libertad.

La segunda parte del libro contiene ciertos pronunciamientos críticos de orden político, escritos en diversos momentos, principalmente relacionados con el estado de subordinación, substitución y sometimiento que padecemos desde 1892, aun antes, a lo que contribuimos con nuestra falta de unidad y de organización.

La tercera parte reúne algunos discursos sobre libros escritos por chiapanecos, que el autor ha presentado al público en fechas diferentes y que le han permitido, brevemente, introducirse en el misterio de la creación literaria.

Finalmente, los últimos cinco textos, uno es el recuerdo doliente y apesadumbrado por el tránsito de don Miguel Álvarez del Toro; otro por el río Sabinal; otro contiene casi una apología del poema "Adán y Eva", de Sabines; el siguiente es un texto nostálgico de Tuxtla; y el último es un discurso pronunciado para rememorar los 100 años del nacimiento del doctor Samuel León Brindis.

Como se ve, hay preocupaciones que surgen de los distintos campos de nuestra vida histórica, política y creativa en el amplio espacio de tiempo que llevamos viviendo aquí. De una u otra manera son preocupaciones que nos afectan a todos los chiapanecos, que nos han acompañado mucho tiempo. La intención es hacerlas patentes en los momentos cruciales que vivimos ahora. Este libro se publica en el 2012. Lo que suceda en los primeros siete meses de este año nos afectará profundamente. No se ve ninguna salida fácil y menos airosa. Este libro tal vez debería ser un grano de arena más, a la reivindicación ciudadana de los chiapanecos, que sólo puede alcanzarse mediante la reflexión, la aceptación de nuestros compromisos, que ya van siendo históricos, y el reconocimiento de la clase de madera de la que estamos hechos. No habrá un

Chiapas nuevo y vigoroso sin chiapanecos nuevos y vigorosos, por su razón y por su sentimiento de la dignidad personal y colectiva. Eso queda bien claro.

Apunte introductorio

Noticias del archipiélago

Javier Espinosa Mandujano, desde sus tempranos tiempos, cuando llegó para estudiar en la Escuela de Derecho de San Cristóbal, deslumbrado amó esta ciudad. Y a lo largo de muchos años, con paciencia indagó su traza, su historia, sus monumentos y los hombres que la habitaron en diversos siglos. Buscó la palabra orientadora del profesor Prudencio Moscoso Pastrana, el más amoroso cronista de San Cristóbal y escuchó en boca de Rosario Castellanos sus consideraciones sobre el alma coleta. Javier, más que cualquiera de nosotros, sus amigos y contemporáneos, urgaba en las edades de nuestra antigua capital, la ciudad de mayor abolengo en nuestras tierras que ostentó estos nombres: Chiapa de los Españoles, Villaviciosa, Ciudad Real de Las Chiapas y San Cristóbal de Las Casas. Producto de aquellos estudios, búsquedas y hallazgos, es el nuevo libro que Javier Espinosa nos entrega, *Noticias del archipiélago*, afortunada metáfora que ilustra las diversas islas o grupos humanos que conforman esta singular y luminosa provincia. Es especialmente relevante el caso de Ciudad Real, la central y vieja urbe de Chiapas.

Habitan este interesante volumen personajes preclaros o funestos que se movieron por sus plazas y sus calles, más los distintos pueblos de indios que fueron llevados a la ciudad o se asentaron

en ella buscando la cercanía de los poderosos. Aquí desfilan y se exponen desde Luis Marín y su maltrecha conquista; su ilustre compañero de armas, Bernal Díaz del Castillo quien fue el primer encomendero de Chamula, o Diego de Mazariegos quien llega a Chiapas como teniente de gobernador y después sofoca y deshace la intentona de Pedro de Alvarado de apoderarse de Chiapas desde Guatemala, Mazariegos también apresa y desarma a Portocarrero y brinda alojamiento, a los que así lo decidan, españoles o indios que venían en esta acción punitiva.

De este grupo, los castellanos se establecieron en las primeras cuadras de la naciente ciudad y los indios guatemaltecos se ubicaron, desde entonces, en Custitali, al pie del que se llamaría después el cerro de Guadalupe. Se fundaron, asimismo, barrios donde se establecieron mexicanos y tlaxcaltecas llegados como soldados de Diego de Mazariegos desde la gran ciudad de Tenochtitlan. Lo que acertadamente Javier Espinosa califica de “archipiélago de pueblos” es el mapa étnico con que está constituida esta que se llamó Provincia de las Chiapas. La ciudad de Mazariegos también adquiere con el tiempo la calidad de archipiélago. Por sus calles transitan los indios, esclavos o encomendados a los aristócratas de la villa. Estos últimos, cuando son liberados, en lugar de volver a sus lugares de origen, se asientan en el barrio El Cerrillo, siguiendo el proceso natural con que en la edad media se formaron los “burgos” o ciudades europeas. Estos trabajadores, entrenados por sus amos, ahora podían ofrecer a la naciente población urbana, sus conocimientos y oficios: fundidores y herreros, talabarteros, carpinteros y demás, así como los indios de origen cercano. Dice Jan de Vos en *Vienen de lejos los torrentes*:

El Cerrillo entró a formar parte del cordón de pueblos indios que rodeaba el recinto español de Ciudad Real. Pero a diferencia de Cuxtitali, Mexicanos, Tlaxcaltecas, San Diego y San Antonio, no fue fundación de conquistadores venidos de fuera. Era el único pueblo creado por indios de la tierra, dispar en cuanto a su composición étnica —hubo entre ellos chiapanecas, zoques, tseltales, tsotsiles, choles y tojolabales— pero unido por una dolorosa experiencia común, el ominoso *katún* de la esclavitud (...)

Y a este mosaico de Ciudad Real hay que agregar los negros traídos por los dominicos en calidad de esclavos. En el siglo XVII se conoce que en Chiapas había seis mil negros y mulatos y tres mil españoles en medio de la mayoría indígena. Así como Jan de Vos o Manuel B. Trens y otros historiógrafos ilustres, el autor recoge la curiosa descripción del profesor Prudencio Moscoso Pastrana de las características físicas del ladino. Y entre sus decantadas citas bibliográficas, incluye los notables apuntes que Arnold Toynbee, uno de los grandes historiadores de nuestro tiempo, hace sobre su corta visita a San Cristóbal y San Juan Chamula en 1953. Otro dato notable es la forma en que el autor destaca los apellidos de los conquistadores que siguen, en su mayoría, vigentes en los nombres de las familias coletas. *Noticias del archipiélago* es un texto esclarecedor que se suma a la más selecta bibliografía en el mar de historias que nos conforma como chiapanecos.

ERACLIO ZEPEDA





PRIMERA PARTE

La reactivación del pasado

Los manantiales del archipiélago

Antes del sorpresivo encuentro de ambos mundos, cuando señoreaban estas tierras ístmicas pueblos constructores de tumbas y observatorios, que exornan todavía colinas y valles de esta dilatada provincia, y recreaban su universo con una plasticidad asombrosa, Chiapas, este lugar tan aéreo por una parte y tan adherido al limo por la otra, fue siempre la vía, la senda posible, el camino para ir del sur al norte y del norte al sur; fue la ruta de tránsito de corrientes humanas que iban y venían de una parte a otra del mundo, por la costa o por los valles, por las serranías o por el borde de las selvas, el *homo viator* incansable, peregrinos sufrientes, esperanzados de alcanzar al fin su casa, el sustento y la paz. En este complejo recinto de montañas y valles se acomodaron la gente y grupos más diversos, cada quien trazó sus mojoneras y confinamientos, aislados, recogidos cada uno alrededor de sus propios designios, siempre esforzándose para sobrellevar lo inhóspito, inventando nombres, poseyendo para sí todo lo que se alcanzaba con la vista, estableciendo sus signos, señalando su paso, construyendo su memoria. Chiapas fue el puente de uno a otro lugar, pero en el tránsito muchos hombres y pueblos descubrieron el aliento abundante de Chiapas y se quedaron aquí entre el rumor del mar y la selva, entre sus inclemencias y cantos, entre sus amaneceres y crepúsculos luminosos.

Un árbol creció de entre todos los pueblos y les dio una sombra extensa. Como si la vida sólo estuviera bordeada de puertos y embarcaderos los hombres y los pueblos otearon el horizonte, se preparaban para viajar, hacían arreglos para el viaje a otros campos, a otras latitudes. Amarraron sus barcas, es cierto, a las poderosas raíces de sus árboles tutelares, pero cultivaron la virtud del desprendimiento de lo circunstancial, fueron capaces de partir de aquí a otros lugares, de explorar el mundo que percibían como un mar subterráneo, el inframundo, y el lumen que está allá arriba entre soles nacieros y nocturnos, en pasajes interminables de ir y venir, de nacer y renacer, de apagarse y encenderse las cosas. Estas tierras, estos puentes les dieron la noción de una realidad siempre mayor, más abundante, más general, y más humana, que los ayudó a comprender el mundo como una universalidad de objetos, de cuestiones y de formas. La gente que vivió aquí vislumbró siempre lo que era y había más allá de su horizonte, advirtió la realidad mayor que compone al mundo, y agregó luego su sentimiento sobre la intemporalidad de la obra del hombre. Y esta manera de ser, ser elemental y múltiple al mismo tiempo, se fundó entre hombres y pueblos de Chiapas que hablaban distintas lenguas, concebían las cosas de manera distinta, habitaban lugares disímiles, fue una labor largamente repetida y afianzada de desasirse, de inferir y buscar, y de testimoniar su búsqueda y sus encuentros.

Esa virtud de perseverar para hallar algo que se conserve y permanezca, que alimente y defina, esa virtud o condición, ha sido una característica de los hombres y los pueblos de estas tierras. Fue y sigue siendo Chiapas pueblo de andamios, de obra que se construye incesantemente, sobre escombros hemos de perseverar

hacia el porvenir. Eso es lo que forma su intemporalidad y su modernidad.

De aquí nació una historia extraordinaria, una historia de aislamiento, y a veces de clausura de hombres y pueblos, una vida efectivamente de resistencia y reclusión que evoluciona dramáticamente hacia la formación de un archipiélago de comunidades unidas, sin embargo, curiosamente, por una estética de la naturaleza que fragua luces y sombras, sonidos, voces, alientos, pasos y roces de gente que va por los caminos. Es el archipiélago unido por el mítico sol del día y de la noche, sol terrestre y aéreo, sol viejo y sol naciente. Si esta unidad no se hubiera dado, un habitante de Jiquipilas caería en el vacío frente a un habitante de Chicomuselo, o uno de Motozintla frente a uno de Tila, o uno de Tonalá frente a uno de Chenalhó y así hasta agotar las posibilidades de encuentro e identidad. Pero todos nos sentimos igualmente chiapanecos, hemos llegado a eso cada quien por caminos, nociones y posibilidades distintas y hemos terminado, para decirlo líricamente, oyendo de la misma manera el rumor de la lluvia que viene anunciándose, entre los árboles, en grandes mantos sobre la faz del cielo. Parte de esa estética son la noción de oscuridad, es decir, los dolores de la noche, la máquina del destino que los habitantes de este archipiélago de pueblos hemos aprendido a percibir con el mismo desasosiego; los caminos, como los ríos, que siguen la señal de los montes; el aura triunfante de las copas de nuestros árboles; las cañadas, los valles; nuestra fragua volcánica; los graznidos y cantos; los ululares y rugidos que el viento nos trae; el chapoteo de criaturas del limo; y la luz del sol que viene y se va y nos recubre de sombras. Lo importante es que el archipiélago que somos alienta

una profunda unidad de percepciones, así, al mismo tiempo que permanecemos aislados nos hacemos únicos, nos escuchamos cercanos, nos sabemos producidos por el mismo molde, originarios del mismo manantial. Esta es la unidad que nació de la diversidad. Y si la diversidad debe significar libertad y autonomía, la unidad debe ser signo de solidaridad y razón. Porque somos, en verdad, un archipiélago de pueblos confinados, es cierto, pero alimentados por poderosos campos de fuerza que pueden ser, si así lo decidimos, las máquinas que nos abran el camino de nuestra propia modernidad.

La Conquista: encomendería y evangelización

Lo que aconteció antes es lo que llamamos “historia de larga duración”, de unos dos mil quinientos años atrás. Esa historia termina en 1519 con el desembarco español en Veracruz, 1524 para esta provincia, año de la primera entrada española de Luis Marín. El orden antiguo conformado por las cinco naciones que encontraron aquí los españoles Chiapa, Llanos, Tzeltales, Zoques y Soconusco (Tillan-Mictlan, Tlapallan, Tamoanchan y Chiconahuapan) desaparece y va surgiendo, a partir de aquellos años, un orden distinto sustentado en el repartimiento de indios o encomendería y en la destrucción de los viejos mitos indígenas y su sustitución por el evangelio cristiano, las dos prácticas fundamentales de la conquista y sometimiento de los pueblos americanos. En 1528 se asienta definitivamente el poder español en Chiapas. El tesorero Alonso de Estrada, poderoso funcionario del gobierno virreynal de México, designa a su pariente Diego de Mazariegos, en abril de 1528, capitán de la expedición de conquista de Chiapas y le da la calidad de teniente de gobernador (algo así como administrador de la gubernatura o gobernador sustituto, quién lo dijera) cargo que Mazariegos ejerce menos de un año, pues a principios de 1529 hizo su arribo a esta provincia el atrabiliario Juan Enríquez de Guzmán, nombrado por la primera audiencia de México alcalde mayor de Ciudad Real y juez de

residencia de Mazariegos, a quien sustituye, despoja y exilia, en el primer escándalo político suscitado en Chiapas, que parece señalar el principio de una lamentable serie de adversidades públicas generadas por el poder central de México que se prolongan hasta nuestros días. El canónigo Robles citado por Trens, dice de Enríquez de Guzmán, en un texto que revela ya el carácter sustitutivo y opresor de la política central:

...este mal juez llevó consigo la agitación y cuantos males han llorado por largo espacio de tres siglos aquellas desgraciadas provincias. Todos sus desvelos fueron por enriquecerse y poner en los primeros empleos a los ahijados y recomendados de los Oidores de México que llevó consigo.¹

Formidable profecía de lo que vendría después.

Sin embargo el poder político del alcalde mayor de Ciudad Real no sólo se ejerció dentro de los límites de la ciudad sino que irradió de allí a todos los asentamientos que los encomenderos principiaron a establecer en territorio de la provincia, principalmente en lugares en que sus encomiendas tenían abundancia de mano de obra indígena que podían someter sin mayores dificultades. A finales de 1529, el cabildo capitular de Ciudad Real designa a Francisco Ortez y Andrés de la Tovilla, procuradores de la ciudad (entonces Villaviciosa) para que viajaran a México a promover “capítulos” en beneficio de la nueva urbe. La solicitud de los procuradores denota el proceso de integración y establecimiento de un nuevo orden

¹ Trens, Manuel B. ,*Historia de Chiapas*, segunda edición, México, 1957, p. 128.

político. En primer lugar se pedía la erección de Chiapas en diócesis episcopal y que se le designara obispo, a quien se acudiría con los diezmos; que se investigara el destino de los bienes mortis causa abintestato “y si de estos bienes podía gastarse una quinta parte en sufragios por la salvación de sus almas”; que obtuvieran del Rey el mandamiento para traer a poblar tierras cercanas a la ciudad a 200 indígenas mexicanos² con sus familias; que trajeran de México los aranceles que usaba la audiencia para pagar a sus empleados y, finalmente, que obtuvieran autorización real para que “todos los indios tomados en guerra los hiciesen esclavos y los pudiesen vender y sacar de Nueva España, pues con eso se remediarían mucho y comprarían ganados y otros útiles”³. Trens apostilla que ignora el resultado, en este último asunto, de las gestiones de los procuradores, pero que “a la llegada de Las Casas, (la esclavitud de indios) estaba en todo su apogeo”.⁴

En la visión que podemos hacernos de la irradiación del poder político y económico de los conquistadores, destaca sobre todo el asentamiento privilegiado de algunos de ellos en zonas bien pobladas de indios, “encomendados” para los propósitos de

² *Ibid.*, *passim*. Sin olvidar que vivían en Ciudad Real, desde su fundación, 300 soldados mexicas y 150 tlaxcaltecas, además de zapotecas, cada quien en sus propio barrio.

³ *Idem*. Es conocido el dato de que en los primeros 20 años de la ocupación española, encomenderos de Chiapas vendieron unos 20 000 esclavos indios en Coatzacoalcos.

⁴ Sería interesante saber cómo sentían los indios mexicanos, tlaxcaltecas y zapotecas, el comercio que los españoles hacían a la luz del día de otros indios como ellos e, incluso, si prestaron su colaboración, como parece que así sucedió, en aquella infame labor, aunque fuera una actividad bastante socorrida en la época.

evangelización que legitimaban su sometimiento y explotación. Sin embargo la tradicional dispersión de los asentamientos indígenas y las prácticas de avasallamiento que los españoles utilizaron en contra de ellos —trabajos forzados y pago de tributos— hicieron que los viejos parajes de indios se disolvieran aún más y se movilizaran hacia lugares más distantes, lo que Aguirre Beltrán llamó “zonas de refugio”, en las laderas inhóspitas, valles encerrados entre montañas, y frecuentemente, como podemos apreciarlo hasta ahora, sobre las crestas de las accidentadas serranías de las tierras altas, en donde los indios conquistados han sufrido las inclemencias de la historia de acabamiento y muerte de los últimos 483 años. Entre ellos, en los parajes más sombríos, siempre en la orilla del mundo, reclusos, separados, confinados, florece una parte importante de la vida de nuestro archipiélago, archipiélago de sobrevivientes del gran naufragio del siglo XVI, sin que hayamos encontrado ni descubierto todavía un “nuevo orden” de las cosas del hombre, que les depare felicidad y justicia, paz y libertad. Y para mayor desdicha de los conquistados, las dos potencias que gravitaban sobre ellos, la iglesia y los encomenderos, coincidieron en promover ante la Corona el mismo acuerdo: la reducción de indios en pueblos, donde unos pudieran catequizarlos y los otros pudieran aprovecharlos como mano de obra esclava. El propio fray Bartolomé logró que el rey expidiera en Madrid, el 10 de junio de 1540 su real cédula en la que mandaba que los indios se juntaran en pueblos “para ser instruidos en la religión e irles inculcando hábitos de civilidad” según el texto citado por Trens.⁵ Posteriormente, en 1549, una vez concluida

⁵ *Idem.*

la visita del oidor y juez real Gonzalo Hidalgo de Montemayor, y como uno de sus resultados más benéficos, se ordenó cumplir con el acuerdo real de 1540 y reducir los indios a pueblos donde los encomenderos pudieran cobrar sus tributos y aprovecharlos como fuerza de trabajo, y los frailes predicar la salvación de sus almas y cobrar los diezmos eclesiásticos.

Estas fueron las fuentes históricas e ideológicas de la fundación de los pueblos de Chiapas. La traza de los pueblos fue incubada por el “nuevo orden” político y económico, en la que ocuparon lugares centrales, como en el caso paradigmático de Ciudad Real, la iglesia, las casas consistoriales, la cárcel y la hostería para extranjeros y, en lugar más alejado y visible, la picota, que se cernía siempre como un peligro inminente e intimidatorio. La conquista fue efectivamente una máquina de expoliación perfectamente sistematizada por frailes y encomenderos. Destacaron en esta labor reduccionista de los indios los frailes de santo Domingo, quienes laboriosamente consiguieron juntarlos y convertirlos bajo su dirección en los constructores de muchas de las iglesias de Chiapas. Es curioso que después de 484 años de estos acontecimientos, se vuelva a promover la reducción de indios, ahora a través del audaz procedimiento de fundación de nuevos municipios que en realidad son entidades políticas virtuales que no se sabe qué resultados tendrán de orden histórico, porque aunque siguen habiendo encomenderos, los frailes de la universidad de Salamanca desaparecieron definitivamente hace mucho tiempo; y porque es muy distinto construir iglesias como caminos de salvación y defender la dignidad del hombre como lo hicieron los secuaces de Las Casas, a reducir comunidades y linajes antiguos con el buen propósito de salvarlos de las crecientes de ríos

poderosos, pero ya sin ofrecerles las palabras teñidas de humanismo, imposible en el mundo del capitalismo atroz que vivimos ahora; y, lo más notorio, sin la milpa alrededor de la iglesia o de la casa, que en estas nuevas reducciones está escindiendo la vida en la casa por un lado, de la vida en la milpa, por el otro, que fue la gran unidad que los frailes del siglo XVI conservaron en la fundación de nuestros pueblos, muestra de su perspicacia y sabiduría. Sin embargo las reducciones de Juan de Grijalva y de Santiago El Pinar, que se aparecen con la vieja novedad del siglo XVI, desprovistas del ropaje devocional que le dieron los dominicos de aquella época, falta por observarse cómo funcionan con el ropaje del siglo XXI que seguramente alguien se ha ocupado de ofrecerles.

Así pues, hay un archipiélago primigenio formado por la multitud de asentamientos indígenas precolombinos, organizados ideológicamente por las relaciones míticas que se establecieron entre familias y comunidades con seres y entidades totémicas —animales y acontecimientos astronómicos— que regían su vida material y espiritual y sus relaciones intercomunitarias. A este archipiélago primigenio sucede el archipiélago nuevo, de pueblos fundados por la política de reducción de indios, promovida y defendida por la Iglesia y los encomenderos, una como otros alentados pragmáticamente para cobrar diezmos y tributos, aprovechar con absoluta seguridad la mano de obra “encomendada” y evangelizar, principalmente con el principio cristiano de que quien más sufre en este mundo terrenal, mayor gloria alcanza a los ojos de Dios.

En esta parte de la historia se iniciaron, sobre el tumulto de la sangre indígena y las turbulencias de la sangre española, los primeros brotes de un mestizaje profuso y penetrante en el que estamos anclados los

chiapanecos de hoy y cuyas virtudes y estigmas se están revelando contradictoriamente en el mar proceloso del año 2012, que el destino nos ha deparado conocer y vivir. Nuestra vida está irremisiblemente unida al destino de los pueblos de este archipiélago, sus atavismos, sus misterios, sus resistencias y utopías; y sus nuevas y viejas aptitudes y posibilidades de creación y transformación están inmersas en nuestros pensamientos y nuestra conducta y definirán, indudablemente, la clase y calidad de sociedad que somos y que queremos ser. Por esto ha sido injustificado y arbitrario que los pueblos indios y mestizos de Chiapas hayan sido administrados desde Rabasa, y aún antes con Pantaleón Domínguez, por un poder central extraño a nuestra idiosincrasia, que usa a políticos desarraigados de esta provincia para cumplir sus propósitos de subordinación política y económica, con la complacencia y complicidad de las víctimas propiciatorias que somos nosotros. ¿Hasta cuándo los sacrificados en el altar de la corrupción y la mendacidad dejaremos de reivindicarnos como víctimas? ¿Y cuándo asumiremos nuestra responsabilidad y pasión de pueblos libres y justos, que amamos la paz?

La mezcla de sangres

A **partir del** asentamiento español en Villa Real en 1528, se pone en marcha un inclemente proceso de destrucción de los mitos y creencias indígenas, de sus formas políticas y de su relación con la naturaleza, principalmente con la tierra y con lo que sucede en el cielo, como fuentes de su vida material y espiritual. Es un poder omnímodo nuevo que avasalla a los pueblos y a su cultura, por una parte por los encomenderos que los subyugan como fuerza de trabajo gratuito y los tasan para el pago de tributaciones, y por la otra por los frailes que también visitando por parejas los pueblos se dedicaron a empadronarlos como tributarios de diezmos y a estudiar sus lenguas principalmente con el propósito de formular los métodos y sistemas de evangelización, al estilo de aquella admirable *Rhetorica Christiana* de fray Diego de Valadés, publicada en una fecha tan temprana como 1579; o la obra de otro franciscano ilustre, Sahagún, que prescribía las formas de catequización de los indios y su conquista para el reino del Dios verdadero de los cristianos, al mismo tiempo que anatemizaba las creencias idolátricas de los pueblos vencidos “que más parecían inspiradas por el mismísimo demonio”; o a la obra fundamental del padre Las Casas *De único vocationis modo*, escrita como una experiencia apostólica más radical, de frente a la aventura de Tezulutlán, entre los quichés de la Verapaz. Ahora sabemos que la ardua labor de

los frailes misioneros no logró sobrepasar ni destruir los bastiones de la resistencia y los mitos indígenas, que se convirtieron con el paso de los años, y frente a acontecimientos intimidatorios y de subordinación, en la experiencia más profunda y personal de orden político y existencial, incluso teologal, como ninguna otra experiencia humana en la vida de este archipiélago.

A la maquinaria de conquista y sometimiento material y cultural que padecían los indios, se agregó un componente de significados imponderables para la historia del devenir: el ayuntamiento carnal, casi siempre afrentoso, entre españoles y mujeres indígenas, que produjo los primeros brotes del mestizaje de sangres en el que quedaron inmersas prácticamente todas las reducciones de indios, que a su sometimiento original sumaron ahora el impropio de sangre enemiga convertida en sangre autóctona. El valor étnico fundamental, y la fuente originaria de las idoneidades, disposiciones y competencias de nuestro pueblo y de todos los pueblos americanos es, sin duda, el mestizaje, el mestizaje como un hecho consumado e irreversible. Ya ninguna comunidad puede reivindicar su pureza de sangre ni sus formas ancestrales de vida ni en general su cultura como parcela particular e irreductible. Posiblemente nunca haya existido ninguna sociedad en ese estado de gracia incontaminada, en ningún tiempo ni en ningún lugar del planeta. Nosotros, con bastante precisión, conocemos desde cuando se preludia e inicia en nuestra provincia la germinación del mestizaje indio-español, como el encuentro de dos fuerzas, sin duda también mestizas, que fraguaban el incubamiento del nuevo tipo de sociedad que iniciaba su aparición en la historia, predestinada por aquella mezcla de poderes e insuficiencias de sus raíces, y que

llega hasta aquí en una constante acumulación de sus apetitos y posibilidades de desarrollo y, sobre todo, de identificación, siempre bajo el peso de aquel “nepantla” discriminado por Motolinia, como lo que se queda en el medio, lo que no asume ni una ni otra forma ni voluntad, hasta cierto punto lo desolado, lo que no logra erigirse, edificarse, como un todo único y coherente.

Por otra parte nuestras comunidades indias, aún las que se acomodaron en el siglo XVI en las zonas de refugio más distantes, no son comunidades “puras”. Ya ha corrido mucha agua debajo de los puentes. Sin embargo, el siglo XXI las encuentra resguardando tenazmente sus viejos misterios, sus signos propios, la apetencia de sus orígenes, el recuerdo de sus antepasados, por eso el clamor más profundo de estos pueblos es la autonomía. Pero la autonomía por la que luchan no tiene nada que ver con su raza o su limpieza de sangre, porque sea el grado de infiltración que tengan, material o cultural, su derecho a defender lo que todavía conservan, su derecho a usar los signos y nombres que inventaron, a aclamar sus propias potencias, sean o no colectivas, a preservar sus orígenes, es decir, su derecho a vivir, es indiscutible. La autonomía es una exigencia y es una condición para sobrevivir, quién sabe cuánto tiempo; para ellos la autonomía es posibilidad civilizada de intercambio, es reconocimiento de sí mismos y del otro, es también, debe serlo, materia de solidaridad. La autonomía es relación verdadera con los demás. Lo que nuestras comunidades indias exigen es un trato respetuoso e igualitario en el tránsito a los esquemas y programas de desarrollo político y económico de la sociedad nacional y ahora global. Pero aún este tránsito, este cambio, que debe ser transformación e innovación justas e

igualitarias, no debería convertirse en un índice de imposiciones, ni procedimiento para sujetarlos ahora con una moral o un saber inventados en otros parajes, porque nuestros pueblos indios, todavía con el dato de fondo del mestizaje, tienen forzosamente que elaborar su propia moral y su cultura, como es lo natural, como una experiencia personal e intensa que descubra en cada uno de ellos caminos propios y distintos, que profundicen a su vez esa experiencia en una dinámica de autonomía y libertad irrestrictas. Y el objetivo del tránsito igualitario no es, desde luego, empobrecernos todos para ser iguales, así como el objetivo de la autonomía tampoco es el extrañamiento de ninguna porción de nuestra provincia. Así, no sólo la diversidad étnica, con el fondo común de nuestro mestizaje, sino también la igualdad, con el fondo del derecho a la vida digna, son los dos sucesos primordiales que afrontamos en esta etapa de nuestra vida.

Los muros indios perseveran

Arnold Toynbee, considerado como uno de los historiadores más significativos del mundo contemporáneo, visitó San Cristóbal de Las Casas en 1953. Algunas de sus observaciones sobre la situación histórica de esa región se hallan contenidas en su libro *El Historiador y la Religión*, Emecé editores, 1958, del cual transcribo, página 166, un párrafo largo:

Aún en 1953, la ciudad de Las Casas, habitada por descendientes mestizos de los españoles y de los indios tlascaltecas del siglo XVI, se sentía como una isla de la civilización occidental puesta en medio de un mar extraño; y en el breve viaje en automóvil desde esta isla de la civilización occidental a la aldea principal de la tribu chamula, no asimilada al occidente, lleva al visitante de un mundo a otro. Entre los edificios de la aldea el más importante era una iglesia de fino estilo barroco, pero no había tabernáculo en el altar. El sacerdote de Las Casas, según se decía, sólo se aventuraba una o dos veces al año a ir a oficiar al lugar; y la iglesia misma estaba en manos de hechiceros a quienes, por amor a la decencia, la gente llamaba 'sacristanes'. Las efigies de los santos cristianos se habían transfigurado en representaciones de dioses precristianos a los ojos de los devotos chamulas que, acuclillados en un piso cubierto de esteras, tocaban una música fantasmagórica y horripilante, con

instrumentos de aspecto exótico. Las cruces plantadas al aire libre se habían convertido en presencia viva que eran encarnaciones del dios de la lluvia. En suma, que entre los chamulas el asalto que llevara a cabo en el siglo XVI el occidente, en la forma de una misión catolicorromana había sido rechazado con éxito y todavía quedaba por verse cuál sería el resultado de la nueva carga emprendida por el occidente en el siglo XX. Este ataque occidental postcristiano a los chamulas, se llevó a cabo en la novísima forma de las tiendas y clínicas cooperativas en que se apoyaba ahora la iglesia descristianizada. ¿Demostrarán la medicina occidental y la organización comercial de occidente que son más eficaces que la religión occidental, en su función de conquistar a estos obstinados paganos?

El texto de Toynbee, sobre todo ese “queda todavía por verse cuál sería el resultado en el siglo XX del ataque occidental sobre los pueblos indígenas” percibe casi 50 y pico años antes, los acontecimientos y rupturas que se han suscitado en los últimos años y que tuvieron su eclosión el día 1 de enero de 1994. Las sociedades indígenas finalmente reivindicaron su calidad original de naciones, con todo lo que esto significa: respeto a su manera de ser, a su integridad cultural, exigencia de autonomía (no independencia) como fórmula de identidad y de defensa de sus peculiaridades, y como fundamento de relación y comunicación, incluso de unidad.

Pasado el tiempo, muchas de las reducciones indígenas originarias del siglo XVI, las que no desaparecieron, adquirieron la categoría de pueblos, pero la enorme mayoría de indios siguió agrupándose en parajes de 10 a 12 familias, que profundizaron entre sí su origen étnico y sus relaciones de parentesco y que siguen conformando, hasta ahora,

un mar de gente dividida, aislada, confrontada y reacia a aceptar la imposición de mitos y creencias extrañas, que el advenimiento del “nuevo orden” cristiano, surgido en el siglo XVI, ha venido intentando infructuosamente introducir en su vida y su cultura, primero con los ofrecimientos de la redención de las almas mediante el sufrimiento aquí en la tierra aceptado como una prueba del amor a Dios, y después agregando a la evangelización el nuevo componente de clínicas y tiendas cooperativas aportado por el gobierno y al que Toynbee atribuía también significación pastoral.

Ahora bien, lo que Toynbee reportó de su viaje a Chamula —a 20 kilómetros de Ciudad Real— ese “otro mundo” al que pudo llegar en su breve viaje en automóvil, el “más extraño”, en el que estuvo sólo unas horas, que sobrevive ya entrado el siglo XXI, nos depara la afortunada posibilidad de mirar y sentir el fondo humano del que provenimos, un fondo abismal si se quiere, que impactó tanto al historiador inglés, que hoy en día se nos sigue apareciendo como un entramado de sincretismos, de mezclas, de dura sobrevivencia, quizá de naufragio originado por el cataclismo de la conquista española del siglo XVI. Sin embargo Toynbee, adiestrado por su larga vida de navegante, observa que el asalto llevado a cabo en el siglo XVI por el occidente, ha sido rechazado con éxito por aquel pueblo indio, y todavía no puede decirse nada de la carga emprendida por el occidente mestizo y urbanizado, en el siglo XX. Bueno, el siglo XX ya pasó y Chamula, como tantos otros pueblos, mantiene a punta y raya su tradición y estructura comunitarias como un blindaje en contra de las sistemáticas agresiones y asaltos de las mayordomías luteranas, que intentan desde los años treinta, entronizar al individuo, en toda su radical significación, escindiendo la institución

y fuerza comunitaria de los viejos pueblos indios, trasvasándolos a pueblos “modernos”, en que los derechos individuales prevalecen sobre los derechos comunitarios, es decir, substituyendo la vieja noción del bien común por la moderna prevalencia del individuo como tal, con su nueva y reductiva moral privada, hegemónica y reproductiva, que intenta repetir las ahora conocidas experiencias “libertarias” de los más ricos países occidentales.

Lo que sí es cierto es que es difícil identificar a nuestros pueblos indios, aún a pesar de su mestizaje, y saber qué ánimo tienen en relación con los pueblos no indios de esta provincia. A muchos de ellos, si no es que a todos, el proceso de identificación que se ha venido dando desde el surgimiento de “Las Chiapas”, como referente de identidad para los que nacimos en esta provincia, seguramente les parecerá marginal, es decir, indiferente, aunque nos queda la esperanza, y la duda, de que nuestros pueblos indios podrían muy bien decirnos que lo que intentamos es implantar arbitrariamente una noción de identidad desde las posiciones de los pueblos no indios; que su identidad funciona de otra manera que la nuestra, pues mientras la identidad que postulamos es alentada y producida por una falsa noción de igualdad, la de ellos proviene de la fuerza de los hechos y las condiciones de su vida y su cultura, asilados y marginados por el anacronismo del Estado que, contrariamente a lo que sucede en otros países mesoamericanos, no se ve como “nación”; lo étnico no existe como un sustento formal del “orden”, ni influye en sus instituciones políticas, que incluyen sólo discursivamente lo “pluricultural” y lo “pluriétnico”. Y si no se considera real y materialmente la diversidad humana que priva en esta provincia ¿cómo puede el Estado establecer políticas de relación entre pueblos indios y no indios? En realidad

nunca hemos hecho una verdadera valoración de nuestra diversidad y mucho menos elaborado entre indios y no indios acuerdos mínimos de relación productiva de ninguna índole. Seguimos separados dentro de una absurda legitimación de espacios y formas, que nos niegan la posibilidad de construir sobre esa latente diversidad un proyecto común de nación que nos convenga a todos. Hasta ahora parece que somos nosotros los que estamos en posibilidad de enseñar y ellos sólo en la posibilidad de aprender; nosotros somos los maestros y ellos los alumnos, ¿hay algo más soberbio y arbitrario en nuestra relación? Por eso mientras que declaramos obligatorio el aprendizaje del castellano en las escuelas indias a nadie se le ocurre que se enseñe el tzotzil, por ejemplo, en las escuelas ladinas; nadie piensa que frente al castellano hay cuando menos cinco grandes lenguas indias no sólo vivas sino en pleno desarrollo urbano; tzotzil, tzeltal, chol, zoque y tojolabal, que en conjunto hablan ¡unos dos millones de chiapanecos!, el 50% de nuestra población.

Don Arnold Toynbee reporta en la iglesia de Chamula

[...] hechiceros a quienes, por decencia, la gente llamaba 'sacristanes'. Las efigies de los santos cristianos —sigue diciendo— se habían transfigurado en representaciones de dioses precristianos a los ojos de los devotos chamulas que, acucillados en un piso cubierto de esteras, tocaban una música fantasmagórica y horripilante, con instrumentos de aspecto exótico.

Se trata de la vieja historia de los colonizadores para quienes lo único salvífico y recomendable son sus propias instituciones, sus propios dioses y ¡sus propias guitarras!

La frontera extraviada

La inmensa diócesis del padre Las Casas, que hacía decir a uno de sus malquerientes, en un informe que le dirige al Rey: “Muy magnifico Señor: Por la letra que a v. M. escribí desde Guazacualco, fue el aviso de cómo Fr. Bartolomé de Las Casas Obispo de esta ciudad, y según dice de la mitad desta Nueva España...”⁶ que bien puede referirse a la idea del propio Las Casas sobre la espaciosidad de su jurisdicción, que además, en parte, caminó entre San Lázaro (Campeche) a Ciudad Real, unos 500 kilómetros que sólo cruzaban por quizá una tercera parte de los límites diocesanos. Pero fray Bartolomé, a partir de su primera salida al Nuevo Mundo el 13 de febrero de 1502, había establecido sólidos conocimientos de las tierras recién descubiertas, que lo convirtieron en una verdadera autoridad sobre los espacios físicos conquistados, el entramado de la autoridad de los conquistadores, de los pueblos indios y de la encomendería que los sometía. Después de 13 años de vida en Santo Domingo regresa a España en 1515. El 11 de noviembre de 1516 regresa a América, y de nuevo vuelve a España en 1517 donde permanece hasta 1520, año en el que viaja nuevamente a América. Profesa, al parecer, en 1523 de manos de fray Tomás Berlanga. En

⁶ Andrade, *Noticias biográficas de los Ilustrísimos Obispos de Chiapas*, Imp. Guad., México 1907, p. 167. (Ejemplar —mutilado— de la biblioteca de Aubry).

1527 aparece como prior del convento de Vega Real, en Santo Domingo, y en 1532 hace un viaje a México por corto tiempo y en este último año está en Nicaragua; en 1534 se queda en Guatemala y en 1538 asiste al capítulo provincial de su orden en México. Fue preconizado obispo de Chiapas en mayo de 1542 y consagrado el 30 de marzo de 1544 por el obispo Loaiza, asistido por los obispos Pedro Torres y Cristóbal Pedraza, de Córdoba y Trujillo, en la capilla mayor de San Pablo de Sevilla.⁷ De tal manera que el padre Las Casas, antes y después de ser obispo, viajó por prácticamente toda Mesoamérica,⁸ y aunque nunca pudo ubicar geográficamente su diócesis, porque los mapas estaban todavía haciéndose (y alguno que circulaba por esos años ponía a Zipangri (Japón) junto a las costas de Chiapas) las experiencias que tuvo sobre la tierra le dieron una incontestable autoridad sobre las cosas del Nuevo Mundo. Cuando toma posesión de su diócesis fray Bartolomé tiene unos 60⁹ años de edad; ha pasado, a esas alturas, más de 40 años guerreando a favor de los indios. Sin embargo Las Casas se va a España y deja en su diócesis, todavía inexplorada en sus límites originales, que nadie había confirmado, a un grupo sólido de padres dominicos seguramente imbuidos de las visiones de la *Civitates Dei* de san

⁷ Andrade, Vicente de P. Not. *Biográfica de los Ilmos obispos de Chiapas*, edit. fray Bartolomé de Las Casas, 1998, facsimilar de la diócesis de San Cristóbal, a partir de la segunda edición publicada en México por la imprenta de Reyes Velasco en 1907. Andrade toma la información de Fabié, p. 167 .

⁸ En cuaresma de 1546 deja su diócesis y se refugia en Gracias a Dios (Honduras) perseguido por la encomendería de Las Chiapas, Baltazar Guerra y Luis Mazariegos, a la cabeza, que intentaban asesinarlo.

⁹ Sobre el año de su nacimiento todavía no hay ningún acuerdo. Remesal: 1474/1484. Andrade: 1480. Aubry: 1474. Lavallé: 1484.

Agustín, reivindicadas por fray Bartolomé con posiciones de lucha social, pragmatismos que efectivamente conducen a opciones de profundo significado humano. Aquella colonia apostólica conformada por el padre Las Casas, da muestras del poderío de las virtudes renacentistas que se habían incubado en Salamanca y que anuncian las preocupaciones y combates por los derechos y la dignidad del hombre que se darán en los siglos sucesivos. De aquel grupo fue conductor, desde sus primeros pasos, el padre Tomás Casillas, hombre de indudable fortaleza física, hábil y experimentado polemista y acucioso representante de su Orden. El mismo padre Las Casas propone al padre Casillas para que le suceda en la mitra. El rey Carlos V lo nombra en Cédula de 19 de abril de 1550 que Julio III confirma un mes después, el 19 de mayo. El padre Casillas conoce su designación hasta agosto. En las “Noticias biográficas” del p. Andrade se describe así la recepción del padre Casillas:

El p. Provincial (Torre) le llamó a Capítulo algunos días después, y acabada la plática que le hizo, que la oía con no pocas lágrimas, leyó el precepto del General (de la Orden invitándole a aceptar) y el p. Casillas hizo la venia y en levantándose, dijo humildemente sus culpas, pidió perdón de las faltas y con mucha ternura se postró segunda vez para besar los pies a los religiosos, no se le consintió; vuelto a levantar de nuevo pidió el favor y ayuda de todos, así en las oraciones como en el oficio de la predicación y salvación de las almas, y hecho esto aceptó el obispado.... En el Adviento de dicho 1551 se juntaron en Guatemala varios religiosos dominicos, entre ellos el p. Casillas, obispo electo de Chiapas y con tener ya

ese título y el de Señoría, por el nombramiento real, vino a pie (de Ciudad Real con los p.p. San Vicente y Villalba) y con el trabajo y descomodidades de los demás.

Fue en el gobierno del padre Casillas que la diócesis de Chiapas —que fray Bartolomé proclamaba como la mitad de Nueva España— adquirió sus confines reales. Por una parte, al norte, la infranqueable barrera de Puchutla y Lacandón “los cuales eran muy perjudiciales e infestos”,¹⁰ la inmensidad del territorio lascasiano y el reducido número de religiosos de la diócesis, amén de los intereses de conquistadores asentados en Yucatán y Guatemala, redujeron la diócesis chiapense a los linderos reales de la provincia, incluyendo el Soconusco. Sin embargo aquella contracción nos hizo alejarnos y perder la frontera más promisoría, fértil y activa que esta parte del mundo había tenido siempre: perdimos por el norte el mar, el mar Caribe, el Mediterráneo del Nuevo Mundo en que se dieron, inmediatamente después de 1519, las expectativas reales de comunicación entre vencedores y vencidos, abastecimiento de bienes, clandestinidad y piratería, noticias e invenciones, irrupción de potencias en pugna, señales generalmente intimidatorias, navegantes, monstruos del mar, gente extraña, rostros desconocidos, la experiencia que sólo puede brotar del ajeteo de dos mundos acercándose uno al otro, hegemónico uno, en vías de sojuzgamiento el otro, irreconciliables en sus desvaríos, unos míticos, otros religiosos, con sentimientos distintos del tiempo y del origen de la vida y el hombre; perdimos el caracol que tanto había significado

¹⁰ Andrade, *op cit passim*.

para nuestras viejas culturas, es decir, perdimos el arte de oír, de escuchar y hablar; perdimos la música, la caja de resonancias que era y es este mar interior, que ahora sólo nos queda construir como la quinta frontera de esta azarosa provincia. Esta evocación de algo que se fue, nos apremia a reinterpretar el fenómeno y condición de la vecindad con los espacios que nos rodean, que la política proclama como límites o fronteras. La mala costumbre —que se parece mucho a la idiotez— pone cercos artificiosos a los pueblos, a su vida, a su cultura, a sus sentimientos del mundo; perdimos así Mesoamérica y su obra milenaria y perdimos así este mar Mediterráneo del Nuevo Mundo. No se trata ahora de usar los procedimientos globalizadores, que de su entramado bien pueden salir caminos de recuperación y entendimientos, no, se trata de transformar el muro en plataforma, en rampa, que nuestras fronteras no sean límites sino en lo estrictamente necesario, que vuelvan a ser lo que fueron siempre antes de 1519, sólo la distinta luz del paso del sol por la tierra; que no nos encierren, que no nos declaren, con signos ominosos, “pueblos de frontera”, que no nos enfermen con su mediocridad, porque los caracoles metidos en la piedra en Palenque, Toniná, Izapa y en tantos otros sitios, proclaman todavía el ruido y la palabra del mundo.

Fue el padre Casillas quien desde 1544 puso las bases del edificio dominico de Las Chiapas, él lo construyó y lo inventó, “lo hizo a pie o al paso de su mula”,¹¹ cobijándose siempre en la casa de los indios, comiendo con ellos, en una trayectoria impresionante de idas y venidas en esta parte del mundo, hasta descansar definitivamente

¹¹ Frase de Aubry

en las criptas de su iglesia catedral de Ciudad Real. El padre Las Casas fundó mucho más que una diócesis, fundó y dio lustre a la controversia universal sobre los derechos del hombre, puso las semillas fértiles de las grandes revoluciones del siglo XVIII, la de 1776 y la de 1789, que le deben a aquel “bellaco, mal hombre, mal obispo, desvergonzado...”¹² los anuncios reivindicatorios de la justicia y las leyes justas y aquel nuevo fenómeno del “alzamiento” de los sometidos, que el tiempo convertiría en insustituibles instrumentos de lucha social. El fundador de esta provincia eclesiástica fue, en realidad, su sucesor, el padre Tomás Casillas, de quien Ciudad Real conserva, afortunadamente, su casa, como lo recuenta Aubry.

Afortunadamente bella...había sido costeadada por el Rey quien donó los 300 pesos necesarios para su compra al adelantado Francisco de Montejo. Por su antigüedad y los recuerdos que encierra, esta casa es la más venerable de todo San Cristóbal.¹³

¹² Fue parte del discurso endilgado a fray Bartolomé por el Presidente de la Audiencia de Guatemala.

¹³ La historia de Aubry recoge datos de Mons. Eduardo Flores Ruiz, don Hermilo López Sánchez y el p. Andrade. Gente de Chiapas, p. 14. Se trata de la casa hoy propiedad del señor y la señora Suárez conocida como “La Galería”, en calle Hidalgo.

SEGUNDA PARTE

¿De qué madera estamos hechos?

Queremos unidad no subordinación

A partir del año de 1824, en que dio principio el proceso formal de anexión de Chiapas a México, dos nociones eminentemente políticas empezaron a fraguarse dificultosamente en el entendimiento y la conciencia de algunas de las 172 mil 953 almas que habitaban entonces esta apartada provincia: primero, la de pertenencia a una nueva espaciosa entidad política, percibida como un lejano subordinante mayor; y la segunda, la confusa e ineficaz noción, también de pertenencia, a un conjunto local de comunidades, rancherías, riberas, pueblos y ciudades, algunas inmemoriales y otras recientes, asentadas como un archipiélago humano limitado por el mar al sur, el desierto al poniente, la llanura atlántica al norte y los Cuchumatanes al oriente. Sobre los pueblos humildes, sobre la conformación neolítica de aquella sociedad rural, sin embargo, empezó a emerger, a tomar posiciones y subordinar una amplia clase de propietarios rurales, todavía algunos españoles y principalmente criollos y mestizos, que tejieron una malla poderosa de intereses económicos y políticos y terminaron por dominar profundamente la vida de aquella sociedad.

Para los chiapanecos que vivieron aquellos días cruciales del surgimiento de una nueva nacionalidad, los sentimientos de pertenencia a un nuevo orden político, a un nuevo país, deben haber sido contradictorios, no sólo por los vivos resquemores que

habían engendrado en el ánimo de la gente las luchas intestinas en que se enfrascaron, por mucho tiempo, los simpatizantes de Guatemala y México, sino principalmente porque esta provincia, en el curso de la historia que siguió al año 1524, fecha de la primera entrada española a Chiapas, pero sobre todo después de 1528, año de los primeros asentamientos ordenados por Diego de Mazariegos, junto con el arranque y desarrollo de su profundo mestizaje indio-español, también había ido desarrollando una necesaria y suficiente autonomía para afrontar y satisfacer sus propias necesidades de gobierno, económicas y sociales, aprovechándose de los relativamente débiles lazos, más administrativos que políticos, que la hacían depender unas veces del sur y otras del norte, y otras, allende el océano Atlántico, de la Corona española, manteniéndose entre las brumas de una nebulosa política cuyas principales características fueron siempre la sujeción interesada, la exacción y el despojo. En este ambiente de olvido y expoliación, con el paso de los años fue sedimentando en la conciencia general un liberador y placentero sentimiento de independencia, que en los días más agitados del proceso de anexión fray Matías de Córdova reivindicó en su Plan de Chiapas Libre, como una condición natural de esta provincia, que enarboló desde su sede ministerial de la ciudad de Comitán y finalmente, después del triunfo del grupo dominante, que confirmó la agregación, provocó su caída y ostracismo político. Es un hecho comprensible que los habitantes de esta provincia, componentes de un archipiélago de pueblos aislados unos de otros, metidos en sus montañas y valles, costas, sierras y selvas, la noticia de la anexión, además de no tener mucho significado para ellos, debe haberles llegado con algún

retraso; otros apenas están enterándose ahora, después de más de 180 años de aquellos acontecimientos, aunque todos sin excepción de cuantos nacimos, crecimos y vivimos aquí, estemos metidos aún en el proceso anexionista que todavía no logra, ¡pronto serán 200 años!, superar la maciza barrera de la serranía de La Gineta, nuestro lado mexicano ahora muro infranqueable por las discordias de nuestros límites con Oaxaca, que siguen manteniendo el antiguo desierto del poniente como una tierra de nadie.

Pero las declaraciones contenidas en el Acta de Independencia comiteca del 28 de agosto de 1821, el Decreto de la Regencia del imperio iturbidista de enero de 1822 y el pronunciamiento y declaración de la agregación a México del 12 de septiembre de 1824, decidieron la pertenencia a un nuevo país y la consumaron como un acto jurídico irrevocable. La pertenencia política a la Federación de Estados Mexicanos, eminentemente declarativa, se consiguió por la fuerza de aquellos documentos históricos que agregaron Chiapas a la todavía endeble agrupación de estados mexicanos.

Finalmente, la décima o undécima generación descendiente de los soldados aztecas y tlaxcaltecas que habían fundado Ciudad Real de los Españoles en 1528, convertidos en el grupo político dominante de aquella ciudad, lograron un triunfo histórico anexando esta provincia al imperio mexicano de Agustín de Iturbide, por intermedio de la mano siempre poderosa y oculta de Lucas Alamán, ministro del exterior y del interior del gobierno iturbidista, que tuvo aquí a José Javier de Bustamante, agente suyo, ubicuo, avezado y capaz, en cuya presencia se hizo la “regulación” de los votos de los representantes de los diferentes partidos (distritos o regiones) de nuestra provincia, que resultaron la mayoría favorable a México. Fue

el primer gran colapso de la unidad local, lo que no deja de ser una frase absolutamente artificiosa, si se considera que la unidad, como una productiva relación interna había sido un fruto extrañísimo en esta provincia, como en bastante medida sigue siéndolo ahora.¹⁴ De allí en adelante, ya todos sabemos lo que sucedió sistemáticamente con la voluntad política de los chiapanecos. Se originó, a partir de aquellas fechas, y se consolidó después, en el curso de los años, un sistema de voces de mando que irradiaban, e irradian hasta ahora, de la metrópoli mexicana, y llegan a Chiapas transmitidas por una casta de lugartenientes del poder central, educada en las varias escuelas de subordinación que la cúpula dominante mantiene orgánicamente en pasillos, antesalas, corredores, cafeterías y restaurantes de la ciudad de México y en escala interminable de empleos y cargos del servicio público, que van desde los más humildes (y a veces indignantes) oficios y menesteres, hasta el goce de privilegios y prebendas conferidos graciosamente por los más altos representantes del poder central.

Otra cosa distinta ha sido y es la noción, y diría el sentimiento, de unión nacional. Me parece que bastaría concebir y sentir la unidad nacional como una vigorosa unidad política, que nos provea de propósitos comunes esenciales, en que se mezclen sabiamente utopías con pragmatismos, con la fuerza suficiente para definir los rumbos que millones de mexicanos intentamos seguir, y dé a los

¹⁴ De aquí proviene la atractiva percepción de De Vos, de las concertistas que tocaban instrumentos de cuerda – piano, Ciudad Real, viola de gamba, Chiapa, violín bajo, Tuxtlán y violín alto, Comitán, que no habían nunca ensayado juntas y ¡no seguían ninguna partitura convenida!

pueblos que conforman nuestro país un perfil diferenciado en el concierto de los pueblos del mundo. Si se concibe la unidad de los mexicanos como una unión política esencial, automáticamente se liberan los pueblos que conforman la federación de las compulsiones sobre su idiosincrasia, sus culturas propias, sus maneras de ser, sus costumbres y usos. No perseguimos una unidad que tenga el designio de recluirnos en un estereotipo que nos fuerce a parecernos unos a otros, o a concebir las cosas de la misma manera. Esto no sería unidad sino uniformidad, que hace imposible la unanimidad, la unificación y, sobre todo, la identificación. Sin embargo, la primera y esencial unidad debe ser buscada entre los mismos habitantes de Chiapas, unión hacia el interior de cada comunidad, de cada pueblo, de cada región de esta provincia, que tiene la conformación de un verdadero archipiélago humano de grupos y comunidades aislados, complejos, de culturas distintas y condiciones absolutamente desiguales; gravitamos sobre historias, suelos y climas distintos, empero, todos seguimos siendo y reconociéndonos como chiapanecos, después de tanta diversidad, distancias y formas de ser.

Entre Jiquipilas, mi pueblo, y Jaltenango, no digamos Chalchihuitán, hay distancias insondables. ¿Cómo hemos logrado, a pesar de eso, que nuestro archipiélago de pueblos se sienta profundamente chiapaneco? ¿En qué consiste la chiapanequidad? Posiblemente sea una suerte de magia producida por la luz que hay aquí, por la tierra, y los antepasados y amigos que descansan aquí, por la lluvia, las palabras, los vestidos, los cantos, las comidas y el milenario acontecer que simplemente nos enseñó a respirar de la misma manera, a ver el mismo horizonte de cerros distantes

y a presentir una historia siempre común. Esta unidad ha sido el resultado de una historia cuyas fuentes físicas y espirituales necesitamos racionalizar como la condición constitutiva de nuestro ser de chiapanecos. La otra unidad, la de los pueblos hermanos de México, tiene que ser una unidad de anhelos y propósitos comunes en el ancho campo de nuestra diversidad social y cultural. No por ser distintos y desiguales dejaremos de estar unidos. Al contrario, nuestra diversidad, si a ella le unimos la libertad, en primer lugar, y luego la justicia, alentará una gran unidad política esencial apoyada en la pluralidad y diversidad de capacidades creativas de cada una de nuestras comunidades y pueblos.

Sentimos que es hora de esforzarnos por hacer productiva nuestra unión nacional. La que tengamos a la mano. Queremos la unidad nacional como anhelo y propósito común de todos los mexicanos. No queremos que esa unidad siga siendo agraviada por consignas y procedimientos de subordinación política, que afectan la expresión de nuestra voluntad e incluso llegan a negarla y sustituirla.

Es claro que los chiapanecos, que frecuentemente nos llamamos víctimas, somos también colaboradores de ese atentado. Necesitamos recuperar nuestra condición de pueblo histórico, su palabra y su dignidad, y construir los puentes que sean necesarios para comunicar entre sí el continente de pueblos que somos. Es decir, el continente de libertad y de fraternidad que somos.

Una sola paz verdadera

Los últimos artículos publicados por Jorge Enrique Hernández Aguilar en *Diario de Chiapas* (1993), se inscriben entre los esfuerzos y reclamos que se hacen en estos días difíciles, para que la sociedad civil asuma su ciudadana responsabilidad participativa, tanto tiempo diferida por los paternalismos y el autoritarismo político, y su secuela de molición pública, el subsidio a toda clase de iniciativas de cambio y, lo más ominoso, la apertura y aseguramiento de espacios para la reproducción ilimitada de los intereses individuales y de grupos asimilados al sistema, principalmente financieros y políticos, que tienen una visión de la realidad y el destino nacionales distinta, cuando menos, de la que tienen 40 millones de mexicanos, 20 de ellos al borde del hambre, que sobreviven en una historia que se niega a desaparecer. El aparato publicitario del sistema reproductivo había logrado, además, crear la apariencia de que por sobre nuestros más aflictivos problemas y conflictos nuestro país era un campo floreciente de libertades y oportunidades igualitarias. Sin embargo, el día primero de enero del año que vivimos (1994), un grupo de encapuchados surgidos de la selva profunda de Chiapas, descubrió ante los atónitos ojos de una buena parte de mexicanos clasemedios y posiblemente de algunos altos círculos del poder económico y político, que tras las cortinas de la imagen televisiva y de cierto tipo de medios, hacían guardia oscuros campesinos de

áspera corteza, entramados de viejas y nuevas raíces, que aspiraban a entrar al extraño mundo de quienes ya habían arrancado el tren globalizador y con encendido entusiasmo intentaban penetrar al próximo milenio, armados de principios competitivos y normas de control de calidad, sin entender ni mostrar ninguna sensibilidad ante las luces rojas que producían ya los reclamos de un vasto proletariado nacional.

Además, el develamiento zapatista que se hizo acompañar de las fanfarrias de una declaración de guerra y de las imágenes de un ejército de pobres que argumentaban tanto sobre la vida como la muerte, provocó un desencadenamiento de incertidumbres sobre la dirección política y económica del país, y especialmente sobre el salto cualitativo que iba de las formas tradicionales de la producción y el consumo a las formas nuevas del intercambio y reproducción global de las mercancías. La acusación contra este tránsito de una historia a otra, se fundamentó en que fueron olvidados (y ofendidos) quienes habitaron aquí desde hace mucho tiempo y poblaron estas tierras de muros, signos y cantos, sin los cuales no es moralmente posible dar ningún salto a ninguna parte. Es la vieja acusación histórica contra el despojo, la piratería y la exclusión, que son, corriendo los días, los fundamentos del mundo moderno.

¿Qué sucede ahora, después de siete meses de aquella especie de violación de las virginidades de nuestras buenas conciencias, educadas en el orden y el respeto a la ley, como símbolos y garantías de justicia y libertad para todos? ¿Qué sucede con los grupos de arriba, que tienen programado su destino inmediato con cargas reproductivas afianzadas en la negociación y el compromiso internacional? ¿Qué sucede con el sistema político gobernante,

inmerso en la encrucijada de la globalización, por una parte, y las ataduras de las viejas prácticas y vicios del unipartidismo, con toda su subcultura, por la otra, sin capacidad real de avanzar en el proceso ineludible de transformarse desde adentro? Finalmente, ¿qué sucede con los demás de abajo, los que reptan en la historia de hoy, pensada y escrita con absoluta eliminación de la realidad que viven y respiran? A los pobres los definía un alto representante de los empresarios mexicanos como “los tontos innecesarios”, a los que supuestamente no se podía salvar. Es el criterio reductivo y excluyente de la globalización, de sus formas reproductivas, de su moral y de sus leyes.

Sin embargo, las imágenes (palabra más significativa de lo que resalta a primera vista) de los acontecimientos del primero de enero descubrieron, y lo más importante, empezaron a conformar una realidad y una historia nuevas, una realidad e historia construidas por imágenes, una especie de fuegos producidos por los huesos de cada uno de sus inventores. Pero la televisión, la prensa y la radio, aunque efectivamente parten de una substitución de los hechos como tales, porque sin ese proceso no podrían producir imágenes, constituyó en el caso del zapatismo “una masa crítica de tecnología” que estuvo a punto en un momento de profundas expectativas democráticas en nuestro país. Daniel Webster, el famoso publicista dice que “la alta tecnología de los medios es una herramienta esencial de la libertad”. El lenguaje de Marcos fue y sigue siendo notoriamente antipolítico, porque “ha sido el lenguaje de lo cierto en contra del lenguaje del error, de la verdad contra la falsedad, el combate al sistema de la mentira oponiéndole un programa de ‘vivir en la verdad’”, como diría hace algunos años Vaclav Havel, en

Checoslovaquia. Los resultados están a la vista con una definitividad que nos autoriza a decir que el México de diciembre de 1993 es otro, en muchas formas y razones, distinto del México de enero de 1994. Las preocupaciones iniciales se transformaron rápidamente en intentos cada vez mejor organizados para comprender los acontecimientos y elaborar una visión más o menos coherente de lo que estábamos viviendo. Tuvimos que aprender el significado de cuestiones nuevas para nosotros, aunque ya había prestado su explicación en otras circunstancias y países desde hacía bastante tiempo, por ejemplo, que la eficacia económica no puede darse al margen de la democracia política, en virtud de que la primera no es posible, ni lo será, sin un sistema equilibrado de distribución de la riqueza y sin estabilidad social. Dicho de otro modo, la justicia económica significa una estructura política capaz de permitir y estimular la toma de decisiones de la propia sociedad civil, que es lo que finalmente se designa como democracia política. En el fondo vivimos una crisis del Estado como organismo de poder; y democratizar a la sociedad, es decir democratizarnos, significa transformar al Estado en una institución que respete y se atenga a la voluntad popular. Modernizar nuestra política es modernizar el organismo de Estado y fundamentalmente, sus relaciones con la sociedad civil.

Sobre el sistema hemos aprendido que no sólo no ha sido exitoso, sino que, primero, los salarios se han depreciado dramáticamente, segundo, ha descendido la capacidad de producción de cada individuo, tercero, la inversión y el ahorro han tenido saldos negativos en la economía del país y, finalmente, que padecemos una profunda contracción de la capacidad de compra.

Estas, a grandes rasgos, son algunas de nuestras prevenciones y factibilidades frente a las elecciones del 21 de este mes de agosto que camina tan rápido. Llegamos a él con algunas premoniciones, que se han dado como fruto natural de un pasado político electoral marcado por el engaño y el fraude. Sin embargo, también llegamos al 21 de agosto con la profundísima aspiración de que, por sobre todas las historias posibles, en Chiapas tendremos que consolidar una sola paz verdadera.

Creo que debemos prepararnos para el viaje extraordinario que nuestro tiempo nos depara: hacia el mundo de la democracia, de la civilidad (menos Estado y más sociedad) y del respeto a las decisiones mayoritarias. Esas serán —deben ser— las cualidades de nuestro tránsito a un mundo nuevo y moderno.

(1994)

Discurso por Chiapas

Una poderosa corriente de preocupaciones de muy diversa índole recorre, como una serpiente, el cuerpo de esta azarosa provincia chiapaneca. Se trata de un estado de confusión generalizada en una sociedad desprendida de los datos históricos esenciales de su vida e identidad, desprendimiento que no le permite descubrir las claves y los instrumentos más elementales de análisis y reflexión política, de tal manera que hemos venido a ser, como lo presagiaba el poeta Cancino Casahonda “como una flor al viento”, un cuerpo aéreo que se mueve sin propósito ni destino alguno, llevado en las alturas hacia uno y otro lado, mientras allá abajo sobre la faz de la tierra los individuos, en el sentido más radical de soledad y aislamiento, archipiélago de pueblos sin puentes de comunicación entre ellos, sobreviven dificultosamente a su dramática historia de desigualdades, marginaciones y sometimientos. La idea de sociedad, de colectividad, ha desaparecido en la vida de nuestra provincia. La historia de los pueblos de Chiapas comprueba, si todavía existe alguna sombra de duda al respecto, que sin la unidad de las fuerzas productivas de un grupo humano, una unidad que se perfile como un acto consciente de voluntad, históricamente alimentada, los hombres y los pueblos son absorbidos sin miramientos por los oscuros túneles del tiempo que pasa, y que convierte a seres que fueron de carne y hueso, en materia aterradora de olvido y sometimiento.

El gran problema es el problema de nuestra identidad como individuos y como pueblos. Es el problema de reconstruir, descifrar y determinar la idea de Chiapas, la noción de lo que somos y de lo que queremos ser y esto significa no solamente análisis y reflexión, sino preparar y establecer consensos políticos fundamentales. Nadie nos puede substituir en esta tarea única y esencial. Somos nosotros chiapanecos del mar y de la montaña, de los valles y de las serranías, hablantes de lenguas mayances o zoques-mixes y de lengua castellana, con todo y nuestras desigualdades, somos nosotros a quienes nos corresponde el trabajo de definirnos y de definir a nuestros pueblos. Lo importante es saber que la diversidad, incluso la heterogeneidad, deben ser aceptadas y recuperadas para formular un proyecto común de nación, porque somos una nación de naciones. De aquí se nos impone la necesidad de definir qué política es la que puede avanzar y cómo en la formulación de ese proyecto común. Desafortunadamente el sometimiento, la pobreza, la guerra y el miedo a que han estado sujetos los pueblos de Chiapas, construyeron un tejido social que funcionó, y funciona todavía, como una especie de sudario en el que sobreviven hombres y comunidades, pueblos y ciudades. En ese tejido social la cultura y sobre todo la política no existen. El gran vacío en la vida de nuestros pueblos es un vacío político, es decir, de inexistencia de relaciones que normalmente sirven para construir acuerdos, ya sea entre personas o grupos, entre parajes, aldeas, pueblos y ciudades. Por esto nuestra provincia no ha tenido vida colectiva. Somos un archipiélago de pueblos incomunicados entre sí, por más cerca que estemos unos de otros; no han existido en Chiapas desarrollos económicos amplios que pudieran incorporar simultáneamente

desarrollos políticos; hemos sido economías de aldea satisfaciendo sus básicas necesidades de sobrevivencia; en nuestro mercado interno el intercambio se reduce a objetos de consumo primario y últimamente al consumo de bienes chatarra producidos por la economía globalizada. En ese orden de ideas, la desarticulación social que caracteriza la vida de nuestra provincia ha terminado por establecer una sociedad absolutamente desigual. ¿Es posible pensar en la democracia como ideal de igualdad entre pueblos tan desiguales? Por eso, en primer término, antes de confrontar otros problemas, nuestra propuesta es la de esforzarnos y trabajar en el esclarecimiento del problema de nuestra relación interna. Después de examinar y dilucidar, de llegar a ciertos acuerdos sobre esta cuestión fundamental, podremos plantearnos otros problemas y formular expectativas reales de carácter político y social que se correspondan con nuestra condición de sociedad desigual y pluriétnica. Esto significa que nuestra proposición tendrá que ser, como nuestra democracia posible, el resultado de la contribución de indígenas, mestizos, ladinos, gente del campo y la ciudad, artesanos, industriales, maestros, artistas, intelectuales, etcétera, que definan qué clase de acuerdos y consensos somos capaces de lograr, es decir, que digan qué clase de sociedad quieren que construyamos. Si no nos ponemos de acuerdo en esta labor de entendimiento y de unidad, Chiapas vivirá muchos años en el estado de indefensión en que ahora está, que invita al despojo de que ha venido siendo objeto desde hace mucho tiempo, a la manipulación y el sometimiento.

Hay otra cosa que cuidar: mientras no definamos bien nuestra manera de ser, mientras no tengamos los asideros que tienen normalmente las sociedades nacionales, mientras no nos reco-

nozcamos como una nación, como un todo diverso e incluso contradictorio, pero producto del acuerdo de la gente de aquí, seguiremos sufriendo los equívocos de las “luchas populares”, que es el esquema en el que se mueven las llamadas ONG, que nunca se sabe bien a quién representan ni qué intereses las mueven. Y es a la falta de acuerdos de la gente de Chiapas, de sus diversos grupos, corrientes y organizaciones, a lo que debe atribuirse este arbitrario sometimiento y secuestro constante. Y algo más todavía: la globalización, que quiere decir exigencia de alineamiento político, adhesión comercial y sometimiento cultural, proceso ya avanzado en nuestra sociedad, nos encuentra ahora divididos y desarmados, sin poder político, sin moral colectiva y con un desarrollo económico que, en muchos aspectos, y sin exageración de ninguna índole, corresponde al periodo de la piedra nueva, es decir, al neolítico, que se dio unos seis mil años antes de Cristo.

Se habla en Chiapas, sobre todo hablan sus redentores de dentro y de fuera, de “restituir el tejido social”, cuando se refieren a la necesidad de recomponer el amenazante estado de inseguridad, pobreza, marginación, discordia y fragmentación social y política, corrupción e impunidad que prevalecen desde tiempo atrás. Pero la frase ha sido y es una falacia política, que adorna con un trasunto de sabiduría a quienes la pronuncian y no tienen ningún compromiso con nuestra sociedad, ni entienden su historia ni su vida. El “tejido social” de nuestra provincia, de cualquier modo que haya existido, es resultado de cientos de años de acomodo inequitativo de personas y grupos sociales, unos ignorando, sometiendo o sustituyendo a los otros en una larga historia de aislamiento, reclusión y marginalidad. ¿Cuál es, entonces, el tejido social que debemos restituir? Los únicos

chiapanecos que han logrado regenerar la vida de su gente y sus pueblos, en un lapso relativamente breve, son las comunidades del primero de enero de 1994, lo que comprueba que el tiempo es una materia plástica, que la fuerza de la identidad y la razón puede moldear de acuerdo con sus requerimientos vitales. Quizá el zapatismo, con su consistente estrategia política y con la indiscutible fuerza moral de su origen, debiera ser el ejemplo de cómo armar un andamiaje que sustente la construcción de grandes y pequeños acuerdos, de diseños y formas nuevas de unidad y solidaridad, porque finalmente el llamado “tejido social”, el tejido humano, el entrecruzamiento ordenado de las relaciones entre los chiapanecos es, fundamentalmente, una urdimbre de carácter económico, moral y político, es decir, una urdimbre que debe regirse por principios de igualdad, autonomía y seguridad.

Y ya que mencionamos a los zapatistas de la selva, abordemos ahora el asunto de nuestros pueblos indios. ¿En qué consiste? ¿Cuáles son las causas de la inestabilidad, las rupturas, los choques, las expulsiones y los resentimientos entre nuestras comunidades indias? Avizoramos de manera más inmediata dos circunstancias eficientes: primero el impacto sobre el mundo indígena de poderosos, recurrentes y sectarios fanatismos religiosos, introducidos por agentes de los fundamentalismos protestantes que han trabajado la región por lo menos desde la instalación en Chiapas del Instituto Lingüístico de Verano, a finales de la década de los treinta del siglo pasado; y, segundo, al estado histórico de marginalidad y abandono, con todas sus implicaciones y secuelas, en que las comunidades indias han vivido en los últimos cinco siglos. Esta ominosa mixtura ha desarrollado una capacidad explosiva de grandes alcances y

transcendencia. El objetivo político, absolutamente inmoral, fue destruir la trama comunitaria de los pueblos indios y separar, dividir e incluso enfrentar al individuo con su comunidad. Ha sido una exitosa estrategia para destruir la estructura social de las comunidades indias, primero para someterlas y después, transformarlas, en consumidores de los productos de la cultura del dinero. Ni la Iglesia romana ni la encomendería del siglo XVI estuvieron ideológicamente capacitados para formular y perseguir un objetivo de esa naturaleza, porque el cristianismo, en general, partió de un ideal comunitario, y lo que nos llegó aquí a través del católico y cristiano imperio español, cuando menos en los primeros siglos coloniales, no fue la expresión de ningún rampante capitalismo ni nada que tuviera que ver con la reproducción capitalista de las mercancías. Fue, eso sí, una reproducción del feudalismo medieval, proclive al atesoramiento de bienes, a la antigüedad de las hidalguías y al temor a Dios. Son las iglesias protestantes las que transportan a las comunidades de aquí y de otras muchas partes del mundo, los gérmenes del individualismo nórdico que rompe los milenarios ligamentos comunitarios de las sociedades tradicionales, entronizando como fuerza esencial al individuo como tal, sin miramientos de ninguna índole, erigiéndolo frente a la vida y la razón comunitaria, en un ariete que derriba el viejo andamiaje en el que prevalece la idea del bien común, la idea del bien comunitario, para sustituirla por la idea del bien individual, del profundo y desafiante egoísmo del mundo moderno.

Los indígenas para esta corriente han venido a ser, cada uno por sí, como individuos extraños a sus lazos comunitarios, depositarios de la voluntad de Dios, criaturas en las que Dios deposita responsabilidades y a las que asigna propósitos perfectamente claros. Son

“mayordomos”, “lugartenientes”, “vicarios”, “delegados” de Dios aquí en la Tierra, convertidos en personas teológicas que conocen ahora un nuevo temor: desaparecer en la nada, ya sin comunidad, con cualquier paso en falso. La estrategia consiste en que mientras se anula la voluntad comunitaria de miles de indígenas, los nuevos ministros del culto religioso destruyen y ciegan a fondo la fuente de su poder y seguridad. Las comunidades indias están ahora en un pleno proceso de liberación comunitaria, política y económica, arriesgándose a pagar el precio altísimo de perder la fuerza que las ha mantenido vivas hasta ahora, absorbiendo cada vez más las formas y usos de las sociedades occidentales, que para ellas debe significar el drama de desprenderse del seno comunitario e incluso negarlo y combatirlo. El enfrentamiento entre hermanos de raza en esta región del mundo, el odio y la muerte es la triste y siniestra cosecha de los fanatismos religiosos implantados por agentes que son, a su vez, productos marginales globalizados de la grande y ciega maquinaria capitalista que mueve al mundo. Son los profetas de las nuevas religiones de consumo, en un mundo concebido como un mercado sujeto a las leyes de la oferta y la demanda.

A los problemas que se han generado dentro de las comunidades indias se agrega el problema de lo étnico, de la etnicidad como forma subterránea de deslindarse de lo indígena, como noción de control político más que como instrumento de relación. Por eso la etnicidad tiene tanta importancia dentro de un cuadro de guerra y conflicto general, como el que se dio en Chiapas. Los gobiernos resuelven de esa manera su relación con los pueblos indios. Para ellos, para el Estado, lo étnico funciona como una noción homogenizadora transformando a las etnias en una sola etnia, y formulando, cuando se

atreve a hacerlo, una política para un llamado “mundo indígena”, que carece de sustentos reales. Esta política no advierte la diversidad, no la valora, no existe para ella. El problema étnico debe examinarse a la luz de otra realidad, la realidad contradictoria que viven indígenas y no indígenas que cohabitan en un mismo espacio político, conformando un conflicto interétnico general. Ambos sectores —indígena y no indígena— requieren ser valorados dentro de un proyecto estatal y nacional si aspiramos a consolidar y transparentar la vida de nuestra sociedad. El problema, como puede verse, no es que existan comunidades indias, sino que el problema está en cómo se relacionan esas comunidades con las comunidades no indias. Sin embargo, el clima de violencia generalizada que vive Chiapas no puede atribuirse a contradicciones entre indígenas y ladinos. Se trata más bien de una alarmante situación de ingobernabilidad generada por la corrupción y la impunidad prevaleciente en la vida pública del estado y por la ganancia de pescadores en río revuelto. Por esas razones puede afirmarse que no podrán darse avances significativos en el desarrollo de nuestra vida, si esos avances no se sustentan en la estructura interétnica en que estamos conformados.

De este complejo de contradicciones, omisiones e incertidumbres, proviene el oscuro estado de precariedad del orden jurídico que debía disciplinar y armonizar nuestra vida personal y colectiva. ¿De qué nos sirve el mandamiento constitucional que instituye la omnipotencia de la voluntad popular, si su limitadísima expresión no tiene la fuerza de consagrar ni determinar un orden legal justo y equilibrado? El Estado no cuenta con esa clave fundamental que se llama legalidad para mantener y profundizar su relación con los gobernados. Sin legalidad no hay estado de derecho, no

hay orden, no hay entendimiento ni comprensión. Y cuando el sistema legislativo que norma el comportamiento de una sociedad determinada, no responde a la realidad que debe ordenar; cuando no responde a las demandas y necesidades de cambio, de certidumbres y de paz social, la legalidad en estos casos se convierte en un lastre que retarda el desarrollo general de la sociedad. Sin embargo nuestro problema es que las etnias, los mestizos y ladinos, igualmente marginados y empobrecidos, sean de la ciudad o del campo, que nunca participaron en la formación de sus leyes, ni las conocen, han inventado otras leyes y normas, con carácter paralelo y derogatorio, que han puesto al estado de derecho en el que supuestamente vivimos, en una lamentable situación de incertidumbre que induce nuevas conductas aleatorias y genera un clima opresivo de ingobernabilidad. Pero todo se resuelve con una sorprendente capacidad de acomodación del Estado, precisamente a las circunstancias que lo niegan e incluso lo denigran. Sin una real identidad, con millones de desamparados, sin certidumbres políticas ni sociales y sin ordenamientos que respondan a nuestros requerimientos más sentidos ¿dónde podemos los chiapanecos encontrar la paz? No pensemos en la paz de los sepulcros, aunque esa sea la que se haya recetado muchas veces a esta amada provincia. Pensemos en la paz de la vida, en la paz de la creación ordinaria, en la paz que cada quien debe gozar como un bien inapreciable. Quizá sea la búsqueda que con mayor afán ha venido preocupando a los individuos y a los pueblos desde tiempos inmemoriales. Tal vez en los años por venir haya efectivamente una paz terrenal de orden planetario, producto inefable de la globalización y que seamos una parte activa de ella.

Algún precio habrá que pagar por ello, por la tranquilidad de los chiapanecos, por la paz de Chiapas. La paz de los individuos, en su ámbito propio, debe conformar la paz de la sociedad. Quizá la paz de uno no sea la paz de otro, como mi democracia probablemente no sea la democracia de mi vecino.

Esta es la situación, a grandes rasgos, de la vida de una sociedad sin consensos, sin vida colectiva, sin ninguna unidad real y sin instrumentos para iniciarla y lograrla en el mar de confusiones y desigualdades en el que navegamos.

Pero esta convocatoria es, ante todo, un llamado a la vida; nuestra corriente es una fuerza que alienta la reconciliación, la unidad y el fervor por el trabajo. La unidad de los chiapanecos, sus convicciones y sus expectativas tienen que provenir de ellos mismos, de su capacidad de crear, de los chiapanecos que nacieron aquí y de los que viven aquí vivificándonos, porque a pesar de todos sus males, Chiapas sigue siendo, como siempre, un ser universal, una casa en la que vivamos y conservemos todos.

Chiapas en un caballo al trote

(Entrevista con don Noé Farrera Morales,
director del periódico *Péndulo*)

Noé Farrera Morales: ¿Cree usted que haya muchos Chiapas? ¿No cree que nuestra diversidad social y cultural puede fraccionar, en lo futuro, como ha sucedido en otras latitudes, la unidad de Chiapas?

Javier Espinosa Mandujano: No lo creo. Efectivamente, el panorama antropológico de México, y de Chiapas, nos muestra una diversidad impresionante de pueblos y culturas, formas de vida muy viejas se dan junto a formas nuevas; sistemas individualistas; economías de autoconsumo con rasgos medievales sobreviven en una sociedad organizada bajo las premisas del mercado capitalista; relaciones familiares y de parentesco se organizan con rasgos distintivos; el vestido, la habitación, la salud y los sistemas de traspaso de conocimientos, etcétera, no sólo son distintivos sino, a veces, contradictorios.

La antropología nos ha descubierto esta impresionante diversidad. Pero una cosa es la antropología y otra cosa es la política. Si la antropología y otras ciencias descubren nuestra diversidad, la política debe descubrir y construir la unidad; si las ciencias sociales nos dan una clara idea de la materia que constituye nuestra nación, la política transforma esa materia, por muy diversa que sea, para fundar el Estado, que es la idea y la práctica de la unidad misma, su justificación y su fuerza. A nadie se le ha ocurrido negar al Estado mexicano. Lo que todos necesitamos y pedimos es

que el Estado se reforme y cambie. Que a todos nos comprenda el Estado, que dentro de él podamos vivir juntos en este lugar. Lo que Chiapas necesita, como todos los pueblos del mundo, es que desaparezca el autoritarismo y la arbitrariedad, la impunidad de algunos, el despojo de nuestros bienes, los desequilibrios internos, la corrupción y la antidemocracia, la subordinación y las falsas promesas.

NFM: ¿Entonces, cuál es, según su opinión, la posibilidad de lograr la paz y la conciliación en Chiapas? ¿Le parece que eso esté cercano?

JEM: El problema, don Noé, es que queremos y necesitamos cambiar. Yo me pregunto ¿puede haber conciliación y paz si las cosas siguen estando como están? Sin embargo, nuestra unidad política nos permite ir montados en un caballo al trote, a veces galope rápido y golpeador, es decir, que sobre la marcha tenemos que cambiar y conciliar algunas cosas, o cuando menos, aceptar y abrir nuevos espacios de comprensión colectiva como, por ejemplo, las demandas básicas de la gente marginada, recuperar las virtudes de nuestros nuevos y viejos productores del campo y la ciudad, abrir nuestra relación interna y asegurar las vías de acceso a los mercados cercanos y distantes, organizarnos productivamente y diseñar instrumentos informativos y de conocimientos, que no creo que sea tan difícil lograr; significa el nacimiento de una sociedad renovada (no digo “nueva”, porque no hay sociedades nuevas), de conciencias con nuevas convicciones, y eso ya es una tarea compleja de hacer, pero es la historia que tenemos que hacer. Pero contestando de manera más directa su pregunta, puedo decirle que un proceso serio de conciliación existe, se está dando, y que nos influirá decisivamente en los próximos años.

NFM:- ¿Cómo ve usted en la actualidad nuestro sistema? ¿Existe un sistema político vigente y apropiado para el tiempo que vivimos?

Bueno, lo que usted llama “sistema político” puede entenderse como la estructura constitucional del poder público, o bien, como la estructura de los grupos de personas que ejercen el poder. En el primer caso, aun con una constitución maltrecha en muchos aspectos y lo peor, tributaria de avances que se dieron en la organización política de países distantes en el espacio y en la tradición, existen bases constitucionales que forman el marco indispensable del sistema y lo sustentan, por más que se acerquen indefectiblemente los tiempos en que debemos producir normas más nuestras, más apropiadas para estimular y guiar nuestro desarrollo general, mucho más comprensivas y domésticas. La gran tarea de los mexicanos en estos próximos años, y especialmente de sus juristas, es nacionalizar nuestras normas constitucionales, de la misma manera digamos, en que Cárdenas nacionalizó el petróleo.

Por otra parte, el sistema, como monopolio del poder en manos de grupos reductivos y excluyentes, creo que está sufriendo una drástica transformación bajo el influjo de fuerzas liberadoras que con el tiempo pueden llevarnos a verdaderos avances democráticos. Si no hay movilización social no hay cambio del sistema. Y por movilización social entiendo la formación de una conciencia colectiva que sea capaz de dirigirse hacia formas políticas creadas mediante el acuerdo y el consenso. Pero es notable lo que el país avanzó en este sentido a partir de enero de 1994. En dos años nos hemos convertido, en buena parte, en un país distinto. Esto también es, esencialmente, unidad política.

NFM:- ¿Podrá algún día haber democracia en México?.

Con esta pregunta podríamos no terminar nunca. La misma cuestión podría decirse de otras maneras: ¿Podremos algún día reconocer el bien común? o ¿podremos algún día formar y expresar una voluntad colectiva? o ¿seremos capaces de movilizar nuestras conciencias hacia formas más justas de convivencia social? o ¿podrá el mercado, es decir, las fuerzas sociales productivas, crear y ofrecer un producto más o menos parecido al fruto democrático, que nos depare el bienestar, la justicia y la libertad que necesitamos? La otra pregunta que hay que hacer, don Noé, es: ¿puede existir la democracia sin pasar por la tecnología y el desarrollo científico? Otro problema es, desafortunadamente, considerar a la democracia como la “tierra prometida”, es decir, pensar en la política como si fuéramos teólogos. La democracia no nos caerá del cielo como una luz poderosa que nos cambie de dictadores a demócratas. La democracia es una lucha contra uno mismo para combatir la arbitrariedad histórica que nos ha inculcado un sistema autoritario y dictatorial. Y es conveniente decirlo: ni la dictadura ni la democracia son problemas del gobierno. Y ahí la dejamos.

Gracias don Noé.

NFM:- Gracias Licenciado Espinosa.

(1996)

¿Transición real o transición cibernética?

Nos preocupa la claridad de nuestra proposición. Se trata de vencer las dificultades, de comprender nuestra articulación con el pasado y con las expectativas del presente, que inmediatamente se vuelve pasado y que contiene siempre viva la materia del pasado y también del porvenir. Es decir, quisiéramos transparentar nuestra formación en la historia, adhiriéndonos, todavía no sabemos de qué manera, a las formas en tránsito de la vida de la sociedad, que cada vez tienden a incorporar mayor número de experiencias y conocimientos provenientes del exterior. Esta última circunstancia cambió radicalmente la ubicación de nuestros problemas y aspiraciones y estimula poderosamente el surgimiento de una filosofía, una moral, una estética, y más concretamente, una economía y una política, que con el tiempo deberán plasmar estructuras destinadas a equilibrar las tendencias comunitarias internas de los grupos nacionales, que no tienen porqué ser consideradas como obstáculos de ninguna manera, y armonizarlas, hasta donde eso sea posible y conveniente, con las fuerzas hiperindustriales desarrolladas y sistemas avanzados de información. Desde nuestro particular asentamiento físico y cultural vamos a prepararnos, todavía quizá estemos a tiempo, para el advenimiento de una época distinta, cuya principal característica será la de vivir en un mercado abierto y libre, en el cual pueda finalmente surgir algún tipo de democracia que satisfaga nuestros

sistemas de relación, estimule la capacidad creativa y establezca más o menos nuestro mejoramiento y bienestar.

En todo este gran proceso de cambios, de advenimientos y de búsquedas, en el que ya estamos metidos, se han venido incubando confusiones, desalientos, autoengaños, retrasos, etcétera, que desembocan, entre otros, en el vicio de la mujer de Loth, con la diferencia de que ahora no nos convertimos en estatuas de sal, sino en pueblos hambrientos, fanatizados con promesas de salvación extraterrena, adictos a las ficciones del “viaje” y avasallados por la miseria en todas sus formas. Lo que requerimos es una visión y una voluntad que transforme nuestras propias aptitudes para incorporarlas al nuevo mundo que está ya viniéndose encima, y que de alguna manera ha entrado a formar parte de nuestra experiencia y voluntad.

¿Cómo, nos preguntamos, nos llegará nuestra porción de democracia? Una cosa es segura: nuestro tránsito a la democracia, como tránsito al bienestar, no nos puede alcanzar siendo extraños al desarrollo de las ciencias y las tecnologías. De aquí la primera gran expectativa de reformas del Estado: debemos proceder a la reforma de la economía para hacer triunfar las reformas políticas y de nuestro sistema educativo, ¿podemos conformarnos a estas alturas con la ficción de una democracia legal que sólo existe en los libros o en los discursos de nuestros conductores políticos? En esta parte de nuestra preocupación es en donde se da el problema de cómo convertir programas económicos y políticos en reglas de derecho; es decir, el problema de organizarnos mediante el consenso y el orden, este último como lo contrario del caos, y abrir nuestra marcha hacia una nueva especie de solidaridad y también hacia una nueva especie de soledad. Convenir y pactar nuevas reglas de

derecho significa ejercer una saludable objetividad si dichas reglas se dan como frutos de la discusión y el acuerdo mayoritario.

El primer gran paso de nuestra sociedad, como de otras muchas sociedades, aún del primer mundo, es en el sentido de salir del estado “teologal” en que hemos vivido, y transformar las expectativas y las esperanzas de la “tierra prometida”, es decir, de la democracia, en formas reales de actividad social que influyan decisivamente en nuestra conducta.

Una carga pesada es, indudablemente, nuestra relación con el pasado, pero no con todo el pasado, sino con las esferas del pasado autoritario, que se nos presentan como las esferas de la verdad moral y social que se sedimentaron en el fondo de nuestra conciencia. ¿Cómo hacer explotar esas esferas y descubrir la otra verdad, es decir el otro pasado, la verdad que conviene a una necesidad de desarrollo humano más general, más equitativo, menos excluyente y reductivo?

La ruptura con el pasado oscuro tropieza además con las formas de conciencia que se han venido cebando en los meandros del autoritarismo y la dictadura. Tenemos que preguntarnos si realmente somos capaces de romper con ese pasado, hasta dónde queremos hacerlo y si lo podemos considerar como algo absolutamente necesario. No es difícil, por otra parte, percibir y hacer absolutamente consciente la dictadura como sistema de vida predominante en la historia de México, principalmente a partir del análisis de sus tres enclaves fundamentales: la familia, la escuela y el gobierno. El problema que afrontamos los mexicanos y, en general, que afrontan todos los pueblos de la tierra, es el de resolver la capacidad de movilización individual, en su acepción más integral, y la movilización de nuestras sociedades.

Si todo este bagage de signos se puede ir esclareciendo y recomponiendo poco a poco, pero no tanto que corramos el riesgo de empantanarnos en el camino, seguramente determinaremos los factores o fuerzas que oprimen las expectativas, llamémosle democráticas, y cómo se constituye el cerco que limita el libre tránsito individual y colectivo hacia la formalización de esas expectativas.

Por lo pronto ¿cómo vincularnos, desde Chiapas, a las expectativas y actividades reales de cambio en México y en el mundo? En este sentido creo que la tecnología tiene en el pensamiento y la actividad política una extraordinaria significación. Su contribución en el sentido de la movilización civil entraña la proposición de una forma nueva de hacer política, que no puede concebirse sin la cibernética, es decir, sin las cada vez más novedosas técnicas y artificios de las ciencias de la información. Veamos, por ejemplo, lo que sucedió con el subcomandante Marcos. Lo que Marcos ha demostrado es que, primero, los intereses y demandas particulares de grupos pueden expandirse y funcionar en la estructura global y no hay porqué pensar en deshacerse de ellas; segundo, que la democracia tiene, a pesar de su especificidad local, cierto grado de contenido global y de intemporalidad que puede verse como el anuncio del advenimiento de un hombre transformado por las artes de la información. Los sistemas avanzados de comunicación nos traerán, en relativamente pocos años, relaciones distintas y nuevas. Producirán una profunda ruptura del hombre con su medio social, con su realidad física circundante, del carácter e índole que sea, y substituirán esas relaciones con unas relaciones extrañas, de un alto grado de irrealidad, o mejor dicho, de una realidad fabricada por quién sabe quién, con nuestra colaboración o cuando menos

con nuestra aceptación. La clave del éxito del subcomandante, lo sabemos todos, ha sido la incorporación de sus demandas a un sistema de información mundial que respondió ya con el estereotipo de transformar los hechos en otros hechos, bastante complejos, una especie de metalenguaje cibernético de un alto contenido subordinante, producido por poderes irreconocibles, que tienden a representar saltos cualitativos de orden moral. Pero uno podría preguntarse si las ideas expresadas por medio de estos hechos, por medio de este metalenguaje, forman todavía la substancia ética de esos hechos y de ese lenguaje, o bien ambos son formas portadoras de otros componentes o reguladores de nuevos sistemas de dominio y subordinación también planetarios.

El caso del subcomandante Marcos nos prueba, por otra parte, que las modernas técnicas de relación y de información simplemente hacen más corto el plazo para legitimar y reproducir intereses de grupo, convenientemente encajados en un espacio real que puede ser bien manipulado. En la modernidad del mundo, parece ser, prospera, como ahora, la inseguridad, la injusticia y la limitación de las libertades. El gran desarrollo futuro de la sociedad industrial nos hará ver la luz de la reducción del individuo —y del planeta— empequeñecidos y aislados por las ciencias de la comunicación y que el problema de la dictadura no está en el gobierno, como tampoco lo está el problema de la democracia. Nos enfrentaremos en poco tiempo a problemas sumamente reales de la vida, quizá descubriremos que los problemas reales que los nuevos tiempos nos descubren, ya los padecían nuestros ancestros de hace 2 000 años, es decir, que la historia no cambia porque el hombre no cambia.

Fragmentación social y exclusión histórica

Desde luego que la política, como artificio y simulación, como atentado al bien común, amenaza y secuestro de las libertades e instituciones públicas, se sufre sólo en sociedades fragmentadas, divididas, incomunicadas, sin ninguna soldadura interna, sin articulación, aunque sea mínima, entre sus partes, que incluso no solamente se desconocen unas a otras sino que se ignoran y, en algunos casos, se contraponen o abiertamente se combaten. Sufrimos, efectivamente, el peso de la geografía, pero sufrimos aún más la ausencia de la buena política, la política que es el fruto del acuerdo de la mayoría. Porque si la naturaleza construyó muros, distancias, niveles, diversos climas, tierras distintas unas de otras, humedales y desiertos, y nos dio con esa diversidad extraordinaria un tesoro inapreciable de posibilidades de desarrollo, la política debió transformar esa diversidad en unidad de entendimiento humano, en unidad de propósitos, en solidaridad, hacer de lo diverso, incluso de lo contradictorio, un proyecto común de orden social, en que cada cosa y cada persona fueran la causa y razón de sus propias convicciones. ¿Es esto pedir demasiado a la política, como responsabilidad y como entendimiento? Yo creo que no, pero parecería una extravagancia pedírselo a los políticos. Y alguien podría preguntarme ¿cómo es que deslinda arbitrariamente la política de los políticos, haciendo de la primera una entidad irreal,

doctrinaria, en el mejor de los casos utópica, y de los segundos paradojas, fingimiento y burla de aquella utopía, cuando debía ser al revés, cuando es la realidad de carne y hueso, como la llaman, cuando son los políticos los que hacen la política como quiera que ésta sea y le dan su validez y su fuerza? Y esta larga pregunta me parecería absolutamente lógica, en un lugar como Chiapas en que, efectivamente, sólo existen políticos, estos personajes desafortunadamente protagónicos de la vida nacional ya desde hace mucho tiempo, que no lograron nunca articularse con lo colectivo, con la idea del bien común y la dignidad de la gente. Y posiblemente no haya en el país un lugar tan diverso como Chiapas, universo pluriétnico y pluricultural asentado en una geografía accidentada y dura, conformada por sierras metálicas desconocidas y llanuras de las que sabemos que manan agua, ámbar, petróleo y gas. Los discursos de nuestros políticos y sus estereotipos obtienen sus mejores galas de la imponderabilidad de nuestra geografía, de sus montañas, ríos y lagos. Ya es algo muy complicado para ellos, e innecesario, remitirse a los tiempos históricos materia que les provoca peregrina indiferencia. Así desaparecen Toniná, la ciudad de los inframundos, Chinkultic, la del disco lúdico e Izapa, la gran capital mesoamericana del culto a la vida y la fertilidad, porque eso excede en mucho su básica información histórica. Y ésta, que fue plácida y transparente corriente de agua, vigilada por miles de grandes sabinos, el río Sabinal, descrito con admiración por fray Alonso Ponce y sus frailes, que pasaron por aquí en el año de 1586, y cantado después por don Rodolfo Figueroa y tantos más, también ha desaparecido de los discursos de presidentes municipales y gobernadores, transformado como está, apenas en unas decenas

de años, en una muestra sombría de insensatez e incuria de nuestra sociedad y de los políticos que prohija, y aún más grave, el Sabinal es también un testimonio de la nueva capacidad que hemos desarrollado los chiapanecos de acostumbrarnos, tranquilamente, a vivir entre los albañales, por muy malolientes que sean.

Pero como se expresaba en el encabezado de estas anotaciones, lo ominoso es que esta fragmentación y fracturas internas que agobian a Chiapas, sin que nadie haga nada por superarlas, ni nosotros por supuesto, nos ponen en el serio peligro de excluirnos de la historia, cualquiera que sea, de la historia como recuento de opciones, de posibilidades y alternativas, de relación y articulación con los cambios y transformaciones que se dan aceleradamente en el mundo contemporáneo. A nosotros la historia nos está resultando una verdadera pesadilla. ¿Qué tiene que ver Chiapas, en este sentido, con las dos megatendencias del mundo de hoy, a) la globalización y b) la articulación, aunque fuera mínima, con una economía y sociedad del conocimiento? El mundo se plantea hoy, entre otras, preocupaciones medulares: ¿dónde, cómo y qué aprendemos?; ¿cómo, dónde y qué consumimos? y ¿cuándo, dónde, y cómo nos relacionamos con otra gente? En nuestro medio esas preocupaciones son desconocidas, no se discuten, se piensa que estamos bien como estamos, sin métodos, sin objetivos, sin preguntas nuevas y desde luego con escuelas, de todos los niveles, que se comportan como transmisoras dogmáticas de información y conocimiento, sin ningún ingrediente movilizador de la iniciativa personal, ni de maestros ni de estudiantes, que pasado muy poco tiempo, se convierten en obstáculos para el cambio y la modernización del sistema. Y quizá la fractura educativa sea la

más temible y corrosiva de todas: si a estas alturas no sabemos ni dónde ni cómo ni qué aprender, ni sabemos para qué aprendemos, ¿qué espera a nuestros jóvenes cada vez mejor alimentados y más ambiciosos? Estas notas dan para mucho más. Ojalá que no sean inútiles para mis dos o tres apreciables lectores.

El Síndrome de La Gineta

El presente artículo contiene el resumen de un texto más amplio dedicado a examinar diversas proposiciones de carácter político sobre Chiapas. A ese carácter de resumen hay que agregarle la necesidad y conveniencia de fijar los términos más generales de la explicación de lo que llamamos el Síndrome de La Gineta, sin empobrecer las expresiones más significativas, que pueden demostrar la unidad del análisis, tanto si se ve hacia el pasado como si nuestro pensamiento se proyecta hacia el porvenir. El préstamo a la medicina de la palabra síndrome, nos orienta a descubrir un complejo de acontecimientos, de signos, de síntomas que componen, en este caso, una situación histórica y política determinada, bien conocida por todos los chiapanecos, que consiste en la búsqueda, principalmente por nuestros políticos, más allá de las fronteras de la sociedad chiapaneca, por sobre La Gineta, la serranía que limita el lado poniente de nuestro territorio, de la fuerza y el prestigio que no es posible conseguir aquí, es decir, alcanzar y legitimar el ascenso a la preeminencia mediante el cumplimiento de compromisos, pactos y rituales de consagración que se adquieren y desarrollan en los laberintos del poder hegemónico central de la ciudad de México, con el extraño argumento de que ese es el camino que lleva a servir y honrar a la gente de Chiapas. Don Bucho Fernández hizo una frase lapidaria al

respecto: “en la política, los gallos se amarran en México y se sueltan en Chiapas”. Es un reconocimiento a la estructura del poder en nuestro país y es, al mismo tiempo, una denuncia de la indignidad y de la indigencia de la política nacional, no sólo por anular el más mínimo proceso de representación política que hubiera podido generarse en el curso de estos últimos cien años, sino por haber organizado desde el centro un procedimiento contrario, representado por el esquilmo y aniquilamiento de las expectativas de consolidación política de Chiapas, representada por los miles de chiapanecos que no se quedaron aquí, que emigraron hacia los campos floridos de las viejas dictaduras asentadas en el Valle de México, para iniciar en los talleres y facultades del autoritarismo, el dramático y apocalíptico proceso de acondicionamiento moral e intelectual, que les impondrá, con el paso de los años, y sobre todo, con las marcas de fuego de las indignidades, ese distintivo sutil y reticente de barbarie, esa nota pulcra y definitiva de ser sólo ellos los conocedores (y representantes) de los más altos designios, incluso para muchos de ellos absolutamente incomprensibles, que se resuelven, sin embargo, en prosperidades de toda índole, que van desde el cobro de modestos salarios por el desempeño de puestos menores, hasta la disposición y uso de todas las dignidades imperiales, principalmente las del presupuesto. Es la visión de uno de los procedimientos fundamentales de la reproducción del sistema antifederalista que funciona en nuestro país.

Por otra parte el Síndrome de La Gineta, que se caracteriza fundamentalmente como el salto utópico y codicioso hacia el prestigio o el éxito y la bonanza política, conseguidos más allá de nuestras fronteras, contiene una historia absurda de subordinaciones,

dependencias, desarraigos, de aceptación del destino manifiesto señalado por los profetas de los cuadros dominantes, en general, del indigente discurso de la estructura central, en el que desempeñan papeles de primerísima importancia los alegatos y manifiestos de unidad e identidad de los mexicanos, la devoción a nuestros símbolos patrios, el cumplimiento y defensa de los principios revolucionarios y ¡el prestigio de México en el concierto de los pueblos democráticos del mundo!

Esta formulación del programa de Estado se define como todo el complejo de actividades prácticas y teóricas que los cuadros centrales utilizan para reproducir sus intereses particulares y producir un estado general de inmovilismo social, una especie de opio paralizante, que les permite desarrollar toda su actividad de esquilmo y despojo de la voluntad colectiva y de sus gérmenes autonómicos y como consecuencia ineludible, del más mínimo engendramiento de procesos y formas locales de cambios democratizadores.

La historia política de nuestra provincia a partir de la segunda mitad del siglo XIX, ha sido la sistemática ignorancia y negación de que el estado de cosas debía cambiar. El principio rector ha sido, y sigue siendo, a 11 años del inicio del milenio, que las cosas deben seguir estando como están. Si acaso, cambiar el discurso para aceptar que nuestras fuerzas sociales y políticas han empezado ya a cambiar de piel; que el desorden, la confusión y el caos están ahora convirtiéndose en orden, claridad y unidad de propósitos. Desafortunadamente, ninguna de esas tres grandes hipótesis pueden verse todavía, cubiertas como están por los velos de la improvisación, la ineptitud y la ausencia de convicciones. Estas son las fuentes ideológicas formativas de los cuadros políticos que saltan los muros

de su sociedad, y se van en busca de la ficción del poder, que se aparece primero y esencialmente como la leva que dirige el poder central, para hacer virtudes del desarraigo y el ausentismo político, que ofenden y ultrajan la conciencia civil de los chiapanecos. En algunos casos, prominentes saltadores de La Gineta, que habían ya colmado sus alforjas de toda suerte de prosperidades, consideraron su envío a Chiapas como jerarcas del Estado, no sólo como un castigo sino como una especie de ejecución política por razón de algún yerro, algún equívoco o un desatino de alineamiento político. Lo común y ordinario es que los enviados del centro vengan, últimamente por poco tiempo, y regresen ya cumplido su productivo sacrificio, a la gran urbe para sufrir allí, como las ninfas, su última y larga metamorfosis de seres sobrenaturales que fueron como jerarcas, a incómodos personajes, ya desempleados, que sólo dejaron en su tierra una chispeante fotografía en la Sala de Gobernadores. El problema es de carácter político en cuanto que es un problema de medios para conseguir fines. Incluso diría que podría ser una inmoralidad de los saltadores de La Gineta, sólo en cuanto su actividad carece de escrúpulos de ninguna naturaleza. Pero algunos de esos personajes pasan por ser excelentes políticos, y efectivamente lo son, de acuerdo con las exigencias del poder central: son sus reconocidos y eximios reproductores y sus eficientes emblemas; pero desde el punto de vista de los subordinados de la llamada sociedad civil, a pesar del escaso desarrollo de sus relaciones productivas y su ausencia de organización, representan la imposición, el esquilmo, el despojo e incluso el aniquilamiento de bienes materiales y políticos de los chiapanecos, y son el sustento, asimismo, de la norma de que las cosas deben seguir como están

y han estado hasta ahora. A las grandes corrientes de dominación y sustitución de la voluntad popular provenientes del Altiplano Central, se agregan los colaboracionistas autóctonos, que más por ineptitud y estado de manumisión política, se convierten también en emisarios desarticulados del poder central y repiten patéticamente la estructura reductiva y excluyente de los grupos de mando de la gran capital, convirtiéndose en gente extraña en su propia tierra. Sin embargo algo se mueve debajo de los mares de la manipulación autoritaria. Las bases históricas del Estado mexicano se hayan en un proceso de cambios importantes. Los poderes omnímodos del presidente de la república se han atemperado en muchos aspectos y, sin duda, vendrían cambios importantes en ese sentido. En Chiapas, ya lo sabemos, los cambios siempre nos llegan, para bien o para mal, con bastante retraso.

Seguramente la reforma política inevitable que se prepara hoy atiende el surgimiento de un verdadero federalismo. Pero ¿hasta cuándo los políticos chiapanecos reconocerán su espacio aquí, entre campesinos, obreros, profesionistas, empresarios, comerciantes, intelectuales y artistas, hombres y mujeres de Chiapas, para profesar, sin consignas extrañas, su dedicación y lucha por el bienestar y modernidad de sus conciudadanos, sabiendo que pertenecen a una unidad mayor que se llama México?, ¿hasta cuándo la política será nuestra, porque aquí se exalten virtudes y esfuerzos o se condenen incumplimientos y falsedades?, ¿hasta cuándo habrá que desarraigarse y ausentarse de esta tierra espléndida y universal para lograr el prestigio y la fuerza política que aquí no es dable conquistar, porque no hemos logrado que la burocracia central respete y reconozca la voluntad colectiva de los chiapanecos?

Es cierto que el Síndrome de La Gineta contiene la visión de una parte, quizá la más lacerante del problema, de cómo se hace la política en Chiapas, y síndromes de este tipo deben desarrollarse en muchas provincias de México. A su parcialidad, usada esta palabra en sentido geográfico, corresponde, pues, una extensa generalidad que no es extraña en una estructura política centralizadora y autoritaria como la de nuestro país. Los cauces hondos que las formas centrales han impreso en los usos políticos y en la dogmática política, y la erosión de la vida (y la conciencia) política del país, son todavía suficientemente poderosos para recluir en ámbitos delimitados demandas y proclamas tan amplias e intensas como la que hicieron los zapatistas en enero de 1994, y que a pesar de aquella conmoción, de aquel nuevo lenguaje, de aquella exigencia de hacer de otra manera la política, las decisiones y cosas sobre Chiapas sigan manteniéndose con la misma estirpe de pensamiento que Lucas Alamán prohibió desde 1823. Esperemos el cambio, pero no lo esperemos absortos ni ocupados en vanas discusiones. Lo que se nos exige es cambiar y a lo mejor cambiar no es tan difícil como parece.

(1994)

TERCERA PARTE

**El caballo que salta
de la palabra**

Sobre *Las orillas del cielo*, la novela de Paco Chanona

Cuando pienso en quienes escriben una novela, o un poema, o un cuento, pienso en el placer de escribir, en ese estado de gracia en que el escritor deambula entre los mitos de su propia existencia; pero pienso también que se trata de la aceptación de una labor incógnita de pugna y controversia, finalmente liberadora, y por eso pienso que escribir es además una necesidad. En una o en otra circunstancia el escritor está condenado a usar un instrumento de expresión ineludible que se llama palabra, a sumergirse en ese universo de formas extrañas y enigmáticas que le están asignadas para toda la eternidad y que lo envuelven como una poderosa red de esclavitudes, complacencias, incertidumbres, conjeturas, confrontaciones, incluso recelos. Así que al placer y a la necesidad de escribir habría que agregar el sufrimiento y el peligro de escribir. Sin embargo estos tres acompañamientos, condiciones o atributos del trabajo del escritor, aunque revelen la preocupación de la búsqueda incesante de la existencia y den testimonio de una gracia desconocida, convierten al escritor en uno de los personajes más audaces de todos los tiempos, y a la literatura en la mayor aventura inventada por el hombre. Carlos Fuentes, Cortázar, Lezama, entre una multitud y no se diga H. G. Wells, son una referencia incontestable. Y es sólo una la aventura como es una sola la humanidad. No hay

distinción alguna entre el Agamenón de Esquilo escrita unos 500 años antes de Cristo y *Cien años de soledad*, de García Márquez, escrita casi 2 500 años después. Es el mismo impulso surgido de las últimas profundidades de la existencia del hombre que se eleva hacia territorios desconocidos, en esto consiste precisamente la gran aventura, campos ignorados que conocemos sólo por la extrema relatividad de las palabras.

Cuando hablo de este asunto de las palabras y el misterio de nuestra existencia y del mundo que habitamos, pienso en nuestro alrededor, en la aventura del pensamiento en esta apartada región del mundo. Pienso en fray Matías, nuestro más audaz navegante; y en fray Víctor. Recuerdo a fray Francisco Jiménez, andaluz de origen, pero educado en el Seminario Mayor de Ciudad Real de Chiapas, descubridor y traductor del *Popol vuh* y autor de la magnífica *Historia de San Vicente de Chiapa y Guatemala*, que puede considerarse como una urdimbre de novela posible, el registro de las claves de la narrativa, es decir, de la existencia de nuestro ser olvidado, que los novelistas intentan explorar con su propia pasión, e intuir con su propia voluptuosidad. Y desde allí, pasando por el siglo XIX de Rodolfo Figueroa y Emilio Rabasa, por el siglo XX de Rosario Castellanos, Jaime Sabines y Enoch Cancino Casahonda, arribamos a generaciones que respiran todavía el siglo pasado, pero se hilan ya con el siglo XXI, que flamean sus interrogantes en la varia tarea literaria: poetas, narradores, biógrafos, ensayistas, dan fe del vuelo del pensamiento en Chiapas, poderoso, como las tres últimas novelas de Eraclio Zepeda, de la tetralogía en la que trabaja, y que opera un vuelco sustancial de la novela chiapaneca. Y esta agua que viene y va de la poesía de Elva Macías, atrapada entre garzas, pañuelos

y nubes que siguen siendo agua y su contrapunto, que Dolores Castro identificó con el verbo “crepitar”, como contradicción del fuego que quema y separa interminablemente la vida sobre la faz de la tierra. ¡Cuánta escritura en esta provincial!, ¡cuánta aventura del alma y del pensamiento!, ¡cuántos suplicantes amarrados a sus propios lances y hazañas! Y así llegamos, apresuradamente, a *Las orillas del cielo*, la novela de Paco Chanona.

Paco Chanona, definido por su antigua profesión de músico, está ubicado en un lugar estratégico para saber, y decírnoslo desde luego, en qué consisten las diferencias y afinidades entre escribir una canción y escribir la página de una novela. Tal vez sea lo mismo en cuanto que una y otra son una expresión de la vida y la existencia; quizá sea lo mismo si, como se tiene la palabra en el papel, se tiene ese otro misterioso son, el tañido tal vez, el murmullo que viene de quién sabe dónde y que la partitura revela y expresa en luz y armonía. Alejo Carpentier, el gran novelista cubano, fue también esencialmente músico, y en su obra —recordamos *Concierto barroco*— se respira el misterio, cierta antigüedad que es patrimonio de los músicos.

Seguramente Paco Chanona tuvo sus buenas razones para escribir una novela de 228 páginas. Kundera, el novelista checo y uno de los más clarividentes teóricos de la novela, decía que el novelista no es ni un historiador ni un profeta, es simplemente un inventor de historias, es un constructor de ficciones. Y esto es lo que hace Paco Chanona, escribe un texto sin artificios innecesarios con una estructura lineal, abierta y grácil. No creo que esta novela haya sido escrita con el propósito de salvaguardar la historia que se cuenta en sus páginas. Esto lo convertiría en documento antropológico, cosa

que no es de ninguna manera. Tampoco creo que haya sido escrita para satisfacer algún interés de supuestos lectores, interesados en rememorar acontecimientos de carácter e importancia local. No es el interés de supuestos lectores lo que mueve al novelista, son sus propios intereses, principalmente existenciales, los que lo empujan a escribir, a contar, a relatar. Y este de *Las orillas del cielo* es un relato conducido sistemáticamente, ameno, pleno de vida, de experiencias, de personajes que perduran, de otros que desaparecen, siempre con el fondo de presentimientos que el autor deja fluir como una cortina que se cierra para destacar una situación sombría, o que se abre para dar paso a la definitividad de los hechos. Es la vida de Néstor, un muchacho marcado por la venganza y la muerte, predestinado a padecerlas como un legado cruel e inhumano. El fondo que puede percibirse desde el inicio de la lectura, la inquietud premonitoria, el anuncio repetido de la tragedia, se mantiene a todo lo largo de la obra, sin que el autor pueda hacer más que dejarla correr como un río. Aún en los momentos de mayor armonía y lucidez en la vida de Néstor, como cuando disfruta la cercanía de Carmelita —el cielo del que sólo conocerá la orilla— en la celebración de sus 18 años, aquel fondo premonitorio de infelicidad absorbe el relato, que Paco sabe mantener bien como el principal ingrediente de la vida de Néstor. Precisamente el día del cumpleaños de Carmen, que debía ser un día floreciente, aún siendo el viernes 15 de abril, tiempo de secas, “el día —dice el relato— amanece extrañamente nublado”.

Las orillas del cielo de Paco Chanona es una ficción que entreteje personas y acontecimientos cercanos a la experiencia de la gente de Chiapas, pero ni es una novela costumbrista, ni realista, ni histórica: es un relato novelesco que aborda el viejo problema de la venganza

de sangre, que en la obra aparece como la trágica carga de un muchacho que finalmente es destruido por su herencia infamante.

La lectura de *Las orillas del cielo* es muy atractiva. La fuerza de los acontecimientos nunca se pierde en el relato. El nombre indica el lugar al que pudo llegar un predestinado de la infelicidad y la locura. María del Carmen Sánchez Gómez, el cielo, se pierde en la vida y los sueños de Néstor. Y el novelista también la deja ir al limbo de lo desconocido.

Felicidades don Paco y larga y exitosa vida a *Las orillas del cielo*.

El arca eraclitiana como ilusión del amor purificado

Cortázar sintió que la novela era manifestación del sentimiento humano, del llano, activo y complejo sentimiento del hombre que discurre en la otra realidad que llamamos ficción, el sueño, lo alegórico, lo “raramente inventado” como lo llamó don Miguel, que el tiempo, la fábrica de los años, transporta como una atrayente alucinación. Esta realidad ficticia está contenida, según la interpretación de Cortázar, que tuvo una extraña experiencia de boticario, en lo que se conoce como “el excipiente”: materia inerte que absorbe el medicamento, en nuestro caso, la invención del sueño, una urdimbre de palabras convertida en instrumento expresivo, posiblemente en literatura. Urdimbre en esta condición significa red, trama, tejeduría, aderezo de figuraciones, de formas que se confunden con lo que contienen, con las sombras que les imprimió el alma del escanciador — material terreno — del navegante — material marino — o del aeromántico — material etéreo. En los tres casos, el viaje, la novela como tránsito, en el sentido del tránsito que va de esta vida a la otra vida, es siempre cruzar el puente que conduce de tierra firme a un maderamen flotante que navega en un mar de formas, un transporte anclado y sin embargo móvil que tiene el poder de evocar la sensibilidad y los recuerdos, formas inviolables de la necesidad de vivir y de expresarse. La complejidad de la experiencia laboriosa del novelista se suscita en esa necesidad de

descubrir formas de ser y convertirlas en ficciones, en arquetipos, en expresiones simbólicas de su propio andamiaje estético. La relación es evidente: las formas de conciencia del novelista son inseparables de las formas de conciencia que se dan en la gente que hay en su novela. No recuerdo ahora quién afirmaba que la novela era siempre autobiográfica. Hay otra pregunta inquietante, creo que también proviene de Cortázar, ¿existe la literatura fuera del idioma? ¿Puede existir la literatura fuera de cualquier representación convencional? ¿Qué clase de materia es la que Laco Zepeda aprendió de su padre a pepear por los caminos? ¿Qué paraje misterioso, oculto y furtivo de ficciones nos rodea y nos sustenta, que sólo podemos percibir como percibimos el vuelo silencioso de los animales nocturnos? Esto nos hace sospechar que antes de ir al encuentro de la palabra el hombre fue al encuentro de sus ficciones como al encuentro de su reino; el reino del hombre no es el de la palabra, es el de la ilusión, es el de la voluptuosidad del sueño.

Lezama dice que la invariabilidad del escritor es la del río, que por mucho que se azoguen en su intemperie y redunden en su naturaleza sólo consiguen escaparse de sí saltando fuera de las palabras, y luego esperar el bruñido del tiempo que temple y construye lo variable e ilimitado de sus formas y sustancias.

De acuerdo con esta evasión o salto de que habla Lezama, la literatura no son las palabras sino el sueño que contienen, que debe saltar fuera de ellas y convertirse en un lenguaje singular, el sueño convertido en sueño, que espera, que queda sujeto a la espera del bruñido del tiempo. Así que el orden es el mundo ordinario convertido en figuración, y la figuración en lenguaje y si este es capaz de saltar fuera de las palabras, en literatura. Y en esa condición

de libertad e inviolabilidad se constituye como una estética, en un instrumento ordenador de la realidad visible e invisible. No pasará desapercibido que el curso de este sistema de mudanzas es también fábrica del azar, incluida la idea de gracia de Virginia Wolf, a la que tan afecta era Rosario, porque unos son los grafitis de la memoria y otra la navegación del tiempo en los ríos del sueño (y no al revés); el sueño, que adquiere como el vino, coloración y resonancias distintas, bruñidos dice Lezama, que ni el ingenio del escritor ni los afanes del viñador pudieron siquiera conjeturar. “Y bebió un cristal de agua pura”, escribió don Miguel hace más de 400 años.

Las grandes lluvias, la novela de Eraclio Zepeda, es una experimentación sorprendente. Tratándose de una obra escrita a medio siglo de distancia de *Benzulul*, su creador respira y camina entre los sombreados parajes del mito, del silencioso vuelo del búho. Es una noción de la vida, es el sentimiento estético de Eraclio Zepeda: lo incógnito, que se convierte en algo absolutamente real e inalienable, porque el novelista es dueño de lo desconocido, y es probable que ese sea su mayor patrimonio, ser dueño de lo percibido como indicios de otra realidad oculta, que el narrador quiere develar en el afán de evocar la presencia de cosas y acontecimientos que no pasaron, que no existieron, de los que él sólo tiene noticia.

Las grandes lluvias está inmersa en las dos condiciones naturales más características de Ciudad Real, el frío y la lluvia, que le dan a su trama de acontecimientos y personas cierta atmósfera opresiva que determina los movimientos, los gestos, las palabras, el habla. Desde los inicios el autor alude al atavismo sancristobalense —permítaseme una parrafada casi dieciochesca— de afianzar chalinas y rebozos y bufandas, sobre los labios apretados de mujeres y hombres, que

entre aquel afelpamiento y apretura cascan las palabras y las insuflan junto con salivales humedades en la hendidura de sus labios, convirtiéndolos de seres redondos o cuando menos elípticos que eran, en sufrientes delgadeces que se dispersan entre las cálidas fibras de los absortos paños. Recuerdo aquí a don Filiberto Santiago Flores y a don Armando Mijangos Ross, uno retórico decimonónico, el otro civilista que abrevó en la instituta. Y aún con las oleadas de modernidad que llegan a sus puertas, su población extranjera y sus recientes luminarias nocturnas, la ciudad en sí, es decir la historia en sí, su frío y lluvia domésticos y la profundidad de sus barrios, Ciudad Real conserva esa manera de ser compleja de íntima complacencia en sus hábitos centenarios, al mismo tiempo de sobrellevar de manera indeliberada, es decir histórica, el recogimiento y la clausura, palabras de especial significancia para la urbe, que con sus contradicciones internas la enfrentaron con éxito al mundo de afuera desde los días de su fundación en los primeros años del siglo XVI. La novela de Laco está metida en esa urbe profunda y aflictiva.

Decía yo antes que *Las grandes lluvias* de Eraclio Zepeda es una novela sorprendente. Hay un encadenamiento extraño. Los parlamentos que se dan con intensidad en algunos pasajes, curiosamente no hacen hablar a los personajes sino los hacen vivir, viven antes que nada y en el caso de don Manuel Larráinzar, no sólo habla lo estrictamente necesario, a veces con su perico, sino que su vida, su vida imaginada, desde luego, está allí al alcance de la mano. Habla y vive no como un remedo del personaje histórico que fue; habla y vive como una persona real del mundo imaginado por el escritor.

El primer gran relato de la novela termina en la página 250 de las 253 que componen el libro. Esta es la era prediluviana en que

el hombre traiciona a su Dios, es infiel a sus mandamientos, no conoce la humildad ni mansedumbre que Dios quiere de sus hijos. El segundo breve relato está contenido en las tres últimas hojas, desde un lugar que dice “Las grandes lluvias habían comenzado”. Este es el inicio de la era diluvial en Ixhuatán, un apartado rincón de esta provincia. A partir de allí debemos prepararnos, como lo hizo Noé, a construir el arca mítica y entrar a aquella poderosa fábrica en compañía de todos los seres de la tierra. El arca eraclitiana revela la noción globalizante de la historia oculta del libro, que condensa en estas últimas tres hojas: la evasión de la fatalidad y el encuentro posible de un amor purificado. Es la nueva historia de Noé refugiándose en su arca, ahora pétreo, con su familia y el bestiario que debe acompañarlo en el tránsito a un nuevo universo. La transmutación es evidente; el arca que intentamos construir todos los días como instrumento de supervivencia física y purificación de nuestros desvíos, se revela desde lo singular del mito del hombre, desde su existencia, es decir desde la novela, como un mito vivo, ordenador no sólo del diluvio como tal, sino de lo que acontece en el orden de salvación, con el mundo terrenal que Noé, Mariano y Juana, y su vasta congregación, esperan disfrutar apenas la paloma regrese con la buena nueva de que apareció ya en la tierra una pequeña rama en la que puedan posarse. Y efectivamente, en el relato bíblico llega el disfrute del nuevo mundo ahora lavado de sus culpas. Noé a sus 600 años de edad, es la fuente y medida de toda idea de justicia y de fidelidad a Dios. Su primera gran contrariedad viene muy poco después. No se olvida de embarcar en los días inquietantes del anuncio del mortal anegamiento, un leve hijuelo de vid, que salvaría al género humano, especialmente a

poetas y novelistas, de la sed abrazadora de sueños y figuraciones. Uno de sus hijos, Cam, el menor, que la tradición israelí identifica como Egipto, es decir África, quizá por el recuerdo del Éxodo, lo descubre en estado inconveniente después de que el padre liba con holgura vasos de la fruta apolínea. No le cubre las desnudeces ni guarda silencio sobre el espectáculo, por lo contrario, lo expone a las miradas y maledicencia públicas. Va y lo cuenta y trae a sus hermanos Sem y Jafet para que vean al viejo tumbado, seguramente en algún camastro, durmiendo la mona. Parece ser que no ha pasado tanto tiempo de que se dieran aquellos acontecimientos. En los respiros finales de la novela de Eraclio “el resto de la tierra se ha ido a pique”, entran al arca monos, cuervos, conejos, ratas, tigrillos, tepezcuintles, cacomixtles, coatetes, temazates, pizotes, tlacuaches, guaunqueques, mapaches, murciélagos y otros conocidos sólo en el misterio de su nombre indígena. “Vamos a navegar en la noche del tiempo” dicen Juana y Mariano. La historia termina con estos párrafos: “Descargaron las mulas. Sacaron cobijas para pasar la noche. Juana sentada sobre una vaqueta dio la espalda para quitarse la ropa mojada, don Mariano le cubrió los hombros con una manta y la atrajo hacia su pecho. Ella reclinó su cabeza y cerró los ojos. Escuchó que el hombre decía con voz suave: “Y prevalecieron las aguas y crecieron en gran manera sobre la tierra”. Y luego al final Juana escuchó en sueños otra voz, de otro lado.... “Sal del arca tú y tu mujer, los animales que están contigo de toda carne, de aves y de bestias y de todo reptil que anda arrastrando sobre la tierra sacarás contigo; y vayan por la tierra y fructifiquen y multiplíquense sobre la tierra”. El mito mesopotámico de Gilgamesh, de 25 siglos antes de nuestra era, contenido en el poema

que en lengua acadea suena como *sha nagba imura*, “aquel que ha visto todo”, relata la historia del Dios ofendido, el castigo diluvial que desaparece todo signo de vida de la faz de Surupak, la gran ciudad mesopotámica, el arca salvadora calafateada con betum y brea, Utnapishtín, el Noé babilónico y la final liberación de los elegidos (¿cautivos? ¿secuestrados? ¿no fue un rapto?) para que fueran y poblaran —y dominaran— la tierra por los siglos de los siglos, confiados en la alianza con Dios, que se confirma y recuerda siempre en el arco que aparece en el cielo los días de lluvia. En *Las grandes lluvias* el mito eraclitiano surge en los humedales de Ixhuatán, aquí el arca es la concavidad de una montaña y Mariano y Juana son el Noé elegidos para salvarse a sí mismos y quizá a los demás, por medio del amor purificado. No hay monte Nisir ni monte Ararat donde el arca se asiente después del diluvio. Pero sí hay una paloma que sale a explorar la nueva tierra y hay también el mandamiento de que los seres secuestrados en el arca por la compasión divina, salgan a llenar la tierra y a multiplicarse. Eraclio Zepeda pone punto final a su novela con el inquietante recuerdo de la era glacial en que, quizá, parte de la humanidad de entonces, desapareció bajo las aguas. Como en el mito mesopotámico o el mito bíblico, en que todo germen de vida es sepultado por las aguas, en el mito eraclitiano de Ixhuatán desaparece la obscuridad, desaparece la sombra de la vida, y Juana y Mariano avisoran un mundo nuevo. Y se da un curiosísimo fenómeno: desaparece el factum de la novela, desaparecen entre otros el joven sabio y su perico, y queda solamente el sueño, queda lo que la novela es.

Los topónimos de Chiapas

Agradezco a los organizadores de este acto, y al propio maestro Corzo, la invitación que me hicieron para participar en la presentación del libro *Chiapas o la geografía mítica*, editado excelentemente por León de la Rosa, Editores, bajo el patronazgo de María Elena Farrera Escudero, portadora de auras renacentistas quien, por temperamento y vocación, estimula el campo de la cultura.

Y agradecemos a Coneculta de Chiapas, dirigido por Mario Uvence Rojas, promotor de excepcional dinamismo y sensibilidad, y a la señora Lacouture, que hayan dado a este acto el lugar y la importancia que el libro y su autor tienen ya en nuestra vida y nuestra cultura, a pesar de que hoy el libro nos lanza su primer aliento y su autor desembarca apenas de esta aventura procelosa en el mar de los espejos reverberantes del Tlillan Mictlan, Tlapallan, Tamoanchan y Chiconahuapan, las provincias de los soles viejos y nuevos, los signos, las imágenes, los reflejos de universos demolidos, aniquilados, que nos envían, sin embargo, como los viejos cuerpos celestes desaparecidos, su luminiscencia ingrávida, quizá fría, fantasmagórica, con la que podemos, sin embargo, establecer una concernencia, una conexión vital.

Permítaseme aclarar algunas cosas para mí importantes. Doy cuenta en esta plática de mi paso apresurado y trabajoso por los meandros de esta obra extensa y atrayente. Apenas doy los trazos, y

ni siquiera eso, quizá sólo apunto destellos, conexiones inconclusas, observaciones más que a medias, sin el rigor necesario que es fundamentalmente fruto del tiempo, de la reflexión, el estudio sistemático, el buceo profundo de la historia. Cada quien de acuerdo con sus posibilidades, sus gustos y su formación, aunque seguramente todos con el mismo interés, entrarán a este libro armados de distinta manera y por distintos caminos. Cada uno tendrá sus propias percepciones de la piedra y la argamasa que sirvieron para fundar las convicciones —y convenciones— de la gente que está enterrada en el suelo que pisamos, aquí debajo de nosotros, y que siguen vivas en el cuerpo de estos seres fantasmagóricos que se llaman topónimos míticos, que Corzo intenta traducir, es decir, entender, en ímprobo trabajo de búsqueda de minerales en la mina del tiempo, de la vida y de la historia. Este libro, que los especialistas tendrán que atender y dilucidar, es también un libro para que lo aprendamos todos sin excepción alguna, con la advertencia de que seremos la otra imagen, también fugaz, del juego de espejos que el libro ofrece como fruto de la profunda y vertiginosa relación del mundo que no es ya, y el que nosotros vivimos y representamos. No es este, ni quiere serlo, un lenguaje críptico, aunque la materia del libro, los topónimos, sean enigmas que están allí rodeándonos, conteniéndonos como una red invisible y poderosa de significados lógicos, que indudablemente influyen en nuestro pensamiento, nuestra sensibilidad y nuestra conciencia. Es evidente que Corzo ha trabajado con vestigios de acontecimientos y procesos psicológicos e históricos que intenta desentrañar —esta es la palabra— desentrañar, en los topónimos míticos, en los nombres de nuestros pueblos, que duermen apacibles sobre barriles de soles viejos y nuevos, y que siguen aquí con

alardes de una punzante inercia y ubicuidad. Pero los topónimos, míticos o no, más de 2 600 que el autor estudia, correspondieron a significados en un mundo que ya no existe; más claramente expresado: correspondieron a un sistema lógico seguramente coherente que se fragmentó en explosiones sucesivas en el curso del tiempo, por causas que todavía desconocemos, de tal suerte que ahora sólo tenemos gajos y vestigios provenientes de aquel largo proceso destructivo a que han estado sometidos, hasta ahora, los pueblos de nuestros antepasados. El ser propio de estos nombres ya no es un ser propio; cuando menos ya no dicen el discurso que tenían la responsabilidad de decir en su propio mundo, en su sistema lógico, determinante, vivo y necesario; no quisiera llamarlos escombros, pero quizá lo sean por su pertenencia al indefinible e irreparable sistema al que pertenecieron. Sin embargo, y esto es lo extraordinario de este panteón de significados, lo que conservan de su ser propio, lo que dan a entender del sistema lógico al que pertenecieron, lo que muestran de un discurso distante, puede dar lugar al surgimiento de referencias de un antepasado, cuando menos, de un ser que puede sustraerse de su historia de aniquilamiento y corrupción, y revitalizarse trayéndolos a la actualidad de este fin de milenio, como signos de una vitalidad perdida con la que podemos aún identificarnos. En beneficio de este proceso de identificación recordar, que de acuerdo con la etnología más consistente, lo mítico, como otras muchas funciones del individuo o del grupo, corresponde al orden natural del universo, es decir, lo mítico es parte normal de la sensibilidad ubicada en la conciencia del individuo y del grupo. El trabajo interpretativo confirma, como sucede en otros grupos y sociedades, que lo mítico es algo que nuestros antepasados de las

cuatro provincias chiapanecas Mictlan, Tlapallan, Tamoanchan y Chiconahuapan, adquirieron como algo absolutamente normal y cotidiano, principalmente como relación filial, de relación de la gente con un origen poderoso, que conjuntaba los dos significados que Corzo, al inicio de su obra, destaca convenientemente: la conformación de una lógica local que llama “lo particular”, es decir el grupo, la pequeña comunidad; y la conformación de un sistema lógico general que llama “lo universal”, en el que se contienen grupos que responden al mismo discurso lógico existencial. De estas observaciones se derivan algunas dudas que planteo enseguida. Los topónimos, es decir, los nombres significantes dentro de esta lógica local, como es el caso de los topónimos que Corzo estudia ¿tienen el objetivo de establecer un parentesco determinado? Los hijos del Sol nocturno y sus tres familias: del Sol terrestre joven y del Sol terrestre viejo en el Mictlan; los del Sol nocturno viejo, quizá la filiación más caracterizada, patria de Xoloth, país del perro mítico, en Tulapan-Chiconauhtlan; los del Sol celeste joven de Tlapallan; los hijos de la diosa Luna de Tamoanchan-Tlalocan, y así sucesivamente. Es muy probable que aquí pudiera existir aquella posibilidad de que alguna vez habló Lévi-Strauss, el más importante etnólogo de nuestro tiempo, en el sentido de que las lógicas locales, metiéndolas como los diversos colores de un caleidoscopio terminaban adquiriendo por su propia dinámica un solo color, que representaría el sistema lógico general de cada provincia. En este orden de ideas, sigo incidiendo en las nociones de lo particular y lo universal, ese tráfico de ir y venir constantemente como método de trabajo. Sobre el particular quisiera anotar estas reflexiones. Lo universal y lo particular, es decir, el sistema lógico general y el sistema lógico local, no son, desde

luego, una antinomia en el sentido de que sean contradictorias entre sí, sino todo lo contrario: son relaciones que van de una a otra, en un constante y necesario ir y venir. Pero la conformación binaria que el autor enfatiza de universalidad–particularidad, tampoco anula la independencia, y hasta cierto punto expresa la autonomía lógica de cada término de la relación, incluso me imagino que dentro de la relación diacrónica de lo particular y lo universal, pueden darse dialécticamente oposiciones y analogías, como las que se estudian en muchos topónimos. Si se piensa en las afiliaciones de grupos diversos a una misma clase étnica —totémica, teogónica, astral, etcétera— es imposible no advertir que la lógica local de cada uno de ellos es elaborada a partir de su propia y reducida experiencia, aunque con la referencia e información mayor. Una pregunta que deberíamos contestar en relación con esta experiencia local del grupo es la siguiente: ¿en qué medida la afiliación del grupo, es decir, su lógica “particular”, depende del desarrollo político del grupo? Si esto tuviera importancia, entonces las lógicas locales también funcionarían como sistemas clasificatorios de carácter político, que seguramente ocupan un lugar significativo en la normal actividad clasificatoria de toda lógica particular del grupo. Esta medida, esta determinación del poder universalizante del clasificador lógico del grupo, es decir, su capacidad de expansión, parece ser que podría usarse para establecer las fronteras políticas de cada grupo. Ahora bien, lo que llamamos “lógica local”, lo que está encerrado en el nombre, en el topónimo, que se construye por la propia experiencia del grupo, debe tener, según entiendo, una consistente inteligibilidad con el otro término, el de la lógica del sistema, de tal manera que, sin ser coincidentes necesariamente, pueden asegurar cambios más

libres, una interpretación más cercana de la realidad, con su sistema de afiliación y clasificación más apropiado y pertinente para el grupo, que no siempre puede moverse, ni es eso posible, con la misma velocidad que los otros grupos afiliados, y con los que mantiene una homogeneidad libre de presiones uniformantes.

Sería interesante saber qué sucedía con las relaciones entre naciones de distinta afiliación étnica. Eran indudablemente relaciones internacionales que se suscitaban y resolvían en un espacio relativamente grande si se consideran las posibilidades de comunicación, el número de individuos de los distintos grupos y los asuntos sustanciales que deberían tratarse. El imperio chiapaneca debió tener complejas relaciones internacionales que atender; y no sabemos tampoco cómo se resolvían las relaciones internas de las clases dominantes del imperio chiapaneca —hablantes del nahua— y las clases subordinadas, hablantes de la lengua chiapaneca. Tal vez esta información pueda obtenerse del estudio de la lengua chiapaneca y de los topónimos chiapanecas que se conservan hoy en día en la zona nuclear del imperio. Corzo hace evidente que los topónimos forman cada uno de ellos partes de conjuntos coherentes de significados, y que cuando menos una parte de aquella coherencia, de aquel discurso, siguen contenidos en ellos; y en este sentido es indudable que los topónimos no se inventaron de manera arbitraria sino que cada uno fue adquiriendo su significado como resultado de una obra acumulativa de sucesivos decantamientos, trabajados por el tiempo, que logró hacer de ellos verdaderas obras de artesanía, circunstancia que les dio una naturaleza o una forma portadoras, quizá, de contenidos referenciales que ahora pueden de alguna manera vincularse a

nuestra vida y nuestra historia. Finalmente, no está por demás anotar la diferencia que hay entre la lógica del sistema que ha producido los topónimos en el curso del tiempo, que expresa una historia compleja y larga, organizativa y clasificatoria, y la lógica del sistema al que se deben y que los aprovecha dentro de la noción general de subordinante–subordinado. De aquí lo universal, que constituye la esencia de lo mítico, se transforma en algo absolutamente terrenal, movido por las fuerzas dominantes que introducen en lo particular la substancia dominante que perpetra al grupo local como afiliado o dependiente de la fuerza superior que lo subordina. No deseo terminar estas observaciones sin confesar los sentimientos contradictorios que me surgieron de la lectura de muchas de las proposiciones de algunos nombres, en lo particular los formidables de Quetzalcoatl, Tezcatlipoca, Xolotl entre otros; y sobre todo la proposición y descubrimiento de los límites de las naciones míticas; el Mictlan, Tlapallan, Tamoanchan–Tlalocan y el territorio fluvial de Chiconahuapan, que colindan con el territorio de la poesía y, en general, conforman parte del andamiaje estético del libro.

Cruzar el territorio mítico de Chiapas, descubrir sus despeñaderos, serranías, lagos y ríos; pasar por sus viejos e invisibles caminos; bordear aldeas y pueblos; descansar debajo de sus ceibas; oír la respiración asesante de los que caminan o marchan o huyen aterrados por el miedo y la confusión; o hablar mansamente con los viejos indios de los pueblos, todo esto nos sugiere el viaje por las cuatro provincias que van del Sol naciente al Sol viejo, por tierra y por aire, que navegan entre el encenderse y apagarse de la vida de todos los seres, y van hacia el puerto seguro que ellos buscaron como lo buscamos nosotros hoy, sin encontrarlo nunca, porque

la vida y la muerte se suceden con la naturalidad del nacimiento y la muerte del Sol, porque lo que nace perece, y diariamente renace, para volver a perecer. Este es un libro controvertible, indudablemente animoso y esforzado y es también sin duda un inquietante reencuentro con los misterios de nuestro pasado.

22 de noviembre de 1999

CUARTA PARTE

Devociones y nostalgias

Artemio “pone sobre el papel, su vida”

Hace algunos días Artemio Gallegos, más que amigo mi hermano, me hizo el honor de visitarme en la casa de ustedes, para pedirme que lo acompañara en el acto de presentación de su obra escrita, que hoy nos reúne animosos en este auditorio. No es, desde luego, para mí y para muchos de ustedes, la presentación, ni siquiera el encuentro, sino más bien el reencuentro con la feliz escritura de anecdotarios, relatos breves y la emotiva versificación de Artemio, que revelan su ingenio, su emoción y su amor por las letras. Tiene además esta obra la característica de contar historias, pero como cosas del tiempo construidas con el fondo nostálgico, de esa nostalgia con que el romanticismo del siglo XIX tiñe su literatura, su vida y su historia. Artemio es, además, un fino y original humorista. Sus textos anecdóticos están dotados de la alegría y gracia de un auténtico cuento chiapaneco. Y su literatura es una literatura que tiene memoria, aun su poesía evoca arquetipos de nuestra vida y nuestra cultura, como es el caso del coronel Victórico Grajales, a quien recuerda metido en su rancho “El desengaño”, ya en los años postreros de su vida, o el caso del hermoso poema que dedicó y leyó a don Juan Sabines Gutiérrez, también ya don Juan en trance definitivo.

Quando recordaba Artemio algunas experiencias que compartimos juntos en los años cincuentas, o mencionaba a un amigo

desaparecido para siempre, o comentaba alguna peripecia de viaje, y leía algunos de sus versos, pensaba yo en esa gran familia de escritores y poetas a la que Artemio pertenece y representa. Don Amadeo, médico también, versificaba con una gran exactitud y limpieza. Publicó libros apreciados por la crítica veracruzana, que conocimos bien en su tiempo. Don Raúl, político de activa participación en la vida de nuestra provincia, también gobernador del estado, versificó con emoción y gran propiedad. He conocido recientemente una colección de textos reveladores de aquel hombre singular. Y no es ningún secreto la actividad literaria del mismo don Samuel, que mantuvo siempre su afición por escribir versos y, sobre todo, cartas de amor, cartas de recuerdos que evocaban a sus viejos amigos, a sus padres y a las mujeres que amó en su vida.

En 1959 gobernaba el estado don Samuel León Brindis, aquel medular y profundo hijo de Chiapas. En mi calidad de presidente del Ateneo de Ciencias y Artes conduje el procedimiento para elegir al Premio Chiapas de ese año. Cuando le comenté al doctor León las ideas del jurado calificador, sobre diversas candidaturas, me dijo: “Espéreme, licenciado”, tomó una hoja de su escritorio y me leyó: “Aquí alma mía, estopa, bagazo de mi diario sudor, sobra de mi sombra, te dejo, estremecida, latiendo aún con el calor de mi cuerpo, contagiada de mí para siempre”. “Yo creo licenciado”, me dijo, “que ese es nuestro candidato”. Jaime Sabines también fue un empedernido romántico. En un viaje a San Cristóbal que hicimos Jaime Sabines, Daniel Robles, Laco Zepeda y yo, alguien le dijo a Sabines que era un romántico y él contestó “y pobre del que no lo sea”. Pero Sabines es otra historia. El nuestro es ese romanticismo teñido de sus propias tintas, que caracterizó y viene de nuestro siglo

XIX y sigue vivo en el siglo XX. Los hermanos León Brindis vienen a ser hojas desprendidas de aquel gran árbol humano, y Artemio una respiración y testimonio de ese legado emotivo, afectivo, memorial y vivo entre nosotros. Son los herederos distantes de Lord Byron y Lamartine, si es acertada la teoría del origen del romanticismo mexicano de don Carlos González Peña. Y más cercanos en nuestra experiencia, de don Ignacio Ramírez “El Nigromante”, Ignacio Manuel Altamirano, Manuel M. Flores y Acuña. Son parte, finalmente, del entramado que representó en nuestra provincia aquel inmenso movimiento reivindicador de historias y nacionalidades que fue el romanticismo americano, y que entre nosotros cultivaron el poeta José Emilio Grajales, don Manuel Zepeda, don Saturnino Ocampo, don Ranulfo Penagos y tantos más. *Fiesta de pájaros*, de Ricardo Paniagua, es un libro simbólico para la literatura chiapaneca.

Es en el primer tercio del siglo pasado en que se da el florecimiento de la poesía y el arte popular. *Fiesta de pájaros* es un intento de recolección de la intensa actividad literaria de orden romántico que se daba en Chiapas. Y es por esos días que surgen los hermanos Domínguez Borraz, que producen una de las obras más significativas de la música romántica de nuestro país. En 1921 la marimba del joven Alberto Domínguez da un concierto en el colegio La enseñanza y otro en el Teatro Zebadúa, en San Cristóbal de Las Casas, con el propósito de hacerse de recursos para pagar su viaje a la ciudad de México, de donde, por cierto, ya nunca volvería.

Termino estos afectuosos recuerdos con los trece primeros versos del poema “La casa soñada” del poeta Gallegos que, como lo dice Cancino Casahonda “es la ciruela del pastel”, que forma la poesía reunida de Artemio, editada bajo el patrocinio del H. Municipio

de Tuxtla Gutiérrez, por acuerdo de su presidente don Jaime Valls Esponda. Dice Artemio:

Recostada en el tiempo
la ciudad dormitaba,
esta ciudad de Tuxtla
que es nuestra inmensa casa;
hasta que un hijo suyo
nacido de su entraña,
realizador de sueños,
se puso a hacer las cosas
sin inventar palabras...
Y la ciudad dormida,
la siempre bienamada
se despertó al conjuro
de mi voz de campana.

Invito a quienes nos escuchan a releer la obra de Artemio Gallegos que, como lo ha expresado Cancino Casahonda, “pone sobre el papel, su vida”. Muchos años de buenas letras a Artemio, con toda justicia honrado recientemente con el Premio Chiapas de Artes.

Don Miguel, don Miguel...

Vi la noticia ya muy tarde del sábado. Primero me oprimió el desconcierto y la turbación que detienen el corazón sólo un suspiro. Después el desgarramiento de algo entrañable como no lo sentía yo desde la muerte de mis padres, don Miguel, don Miguel... me dolía por mí, yo fui al primer encuentro del dolor y la pena, por la generosidad y el afecto que me dio sin merecerlo, por preguntarme siempre de mis hijos, por visitar, a veces, mi casa, por decirme palabras de aliento. Pero quizá me duela más por la humanidad, no por ninguno de nosotros, sino por esta barca sombría que navega aquí, sobre la faz del universo, atribulada, amenazada y torturada, que don Miguel quería salvar de la obscuridad y el frío, de la desaparición y la muerte.

¡Cuántas palabras y gestos de indignación, y aún de ira, se perdieron en el tiempo! Ya había agotado las denuncias y las profecías.

“Este es el ser más peligroso de todos”, nos decía, y nos ponía frente a un espejo. De su hablar pausado, que acompañaba últimamente de una sonrisa extraña, de su pensamiento profético y angustiado, de su mirada vuelta hacia parajes distantes, de su familia de cantos, susurros del viento, luz de amanecer y sombras nocturnas, de su caminar casi incorpóreo, don Miguel hizo, se hizo, un ser planetario, luminoso, viajero expectante que vivió entre nosotros fugazmente, alimentado sólo de la savia del tiempo. Don Miguel

quiso enseñarnos a amar este planeta, quiso que descubriéramos el milagro del universo por la gracilidad de una gota de agua quieta sobre el rostro de una hoja, que presintiéramos el espacio infinito sólo con el olor de la noche. ¿De dónde vino a la Tierra este amoroso navegante que fue don Miguel? ¡Don Miguel, don Miguel, cuánto lo extrañamos ahora! Se nos fueron don Fernando, el maestro Albores, el maestro Fábregas y el maestro Agripino, y ahora usted, don Miguel, deja un vacío inconmensurable. Que cada quien intente tenerlo en su corazón y en su conciencia hasta el último día de su vida. Así sea.

El Sabinal protagonista

Son bien conocidos y recordados los protagonismos del río Sabinal. Desde las primeras crónicas que se dieron en el siglo XVI, hasta los reportajes periodísticos de actualidad, el Sabinal aparece como un ser contradictorio: en el otoño en que lo conoció fray Alonso Ponce, en el año del Señor de 1586, era una frondosa línea verde de sabinos centenarios que vivían, entre otras buenas cosas, de una fresca, transparente y cantarina corriente de agua que fluía entre sus troncos. El buen y agitado fraile debió tomar a la vera del río un grato descanso del cuerpo y del alma. Aunque es posible, considerando la innata discreción de los naturales de este lugar, que él y sus discípulos y acompañantes en la umbría de la ribera, hayan decidido remojar sus cuerpos en las frescas aguas del río. Tal vez no fue así después del paso del Río Grande, en su venida de Ciudad Real, que algo debe haberlos mojado.

Pero ya al final de la primavera y en el verano, la languidez y la quietud del río se transforman en estremecimientos y convulsiones; las suaves laderas se erosionan bajo la presión de la lluvia, se desprenden gajos de tierra y raíces, el agua creciente busca respiros, es incontenible el arrastre de ramas, tejados, camas, viejos peroles, gallinas y cerdos y, últimamente, televisiones y caseteras y, en el paroxismo de su estampida, algún buen samaritano es arrastrado y desaparecido en aquel mar de agua, ramas y lodo.

Después, el rumor del otoño confunde el sonido espacial de las frondas de los sabinos, con el crujiente sonar del río entre las piedras.

Y quizá el invierno de este valle espléndido, haya sido siempre la estación preferida del Sabinal. Sus riberas y la rugosa corteza de sus árboles cubiertos de líquenes verdes y grises y la transparencia y sosiego de sus corrientes, son más bien escenografía navideña, canto de esperanza y de paz, alegría de los tuxtlecos viejos que todavía suspiran la vida de su río que fue.

En el curso del año, como un ser sensible que es, el Sabinal cambia así de rostro y de vestidos; va con el tiempo sonando sus viejas cadenas junto al limo de la tierra. Los viejos sabinos enseñan a cantar a los niños y sus copas aireadas han servido de antenas para el canto cuando menos a un Sabines. Entre sabinos y Sabines fructifica la luz de este valle. Junto a la corriente de las cosas de la vida, que se agita en el cauce del río.

Pero hay algo que no debe pasarnos desapercibido. Como acaba de demostrarlo, y lo seguirá demostrando en los tiempos que vienen, nosotros no tenemos al río Sabinal, por el contrario, es el río Sabinal quien nos tiene a nosotros. Pidámosle, como le pedimos a Dios, que apriete pero no ahogue.

El gusto por Sabines

Uno puede oír comentarios sobre Sabines en cualquier lugar del mundo.

Su poesía ha sido vertida a muchos idiomas. Se han abierto senderos que vienen y van de todas partes a la poesía de Sabines, la gente emigra hacia Sabines con el estremecimiento que causa siempre ir hacia el mar, hacia aquel “enorme animal inquieto” de que habla Eva en el poema de Sabines, los veleros de Sabines están allí en espera de sus fervorosos visitantes, amarrados en las playas de todos los mares, para navegar por el complejo aliento del hombre, sus incertidumbres, sus conmociones, sus descubrimientos, su desesperación, sus razones glorificantes, el sueño de ciudades nacies, cantos de pájaros, hojas de aire sobre la piel del deseo, búsqueda y encuentro de la otra sombra de nuestra alma. Y poseerla con un afán profundo, jugar a morir con ella, ser la misma piel, envolverse ambas con la misma sal y olor. Los veleros sabinianos atraen a tribus aún no desprendidas de la memoria edénica, van al reino atlántico de Sabines de la primigenia salvación, de la victoria, aun con toda la confusión y caos posterior de la unidad de signos, del triunfo de la voluntad de vivir.

Quienes leen a Sabines padecen del mal de la soledad, que ya es decir, y algunos de ellos, afortunados sobre su infortunio, padecen del mal del amor, que es la virtud más aciaga de la vida y de la

muerte. Los lectores de Sabines vamos hacia él, hacia sus veleros de velamen henchidos, siempre con el alma en un hilo, la piel chinita por la emoción, cohibiéndonos apresados por los presagios de nuestra propia desconocida plenitud.

Sabines nos recuerda que habitamos la Tierra, que nacimos desnudos, que los lienzos que cubren nuestros cuerpos, los velos que esconden nuestros rostros, las obscuridades que cultivamos para ocultar nuestros apetitos y aun la luz incierta que proyectamos sobre nosotros mismos y que deja ver sólo aquello que nos parece plausible y favorece, los engaños en que hacemos caer a los demás, toda la actividad teatral de asomarse y esconderse en la vida del hombre, toda su alquimia para desaparecer y encontrarse, son una especie de maquinaria sensible para ocultar su desnudez original, la indigencia edénica que hizo descubridores a Adán y Eva de su infinita pequeñez, de su audacia y de su unidad esencial. Uno de los veleros más cautivantes de Sabines es éste que navega entre galope de árboles, anchos ríos, canto de pájaros, soles y vientos, y que nos lleva como náufragos apenas salvados de la nada a encontrarnos como Adán y Eva, a buscar “algo mío que tú eres y que no has de darme nunca”, explicarnos el reino de la insondable separación, “me haces falta para andar, para ver, como un tercer ojo, como otro pie que sólo yo sé que tuve”, dice el poeta. Es el reino de la soledad y del encuentro de otras soledades, es la memoria de la ruptura y de la salvación.

Sabines reconstruye los primeros asombros, las primeras incertidumbres, los primeros darse cuenta de Adán y Eva en su breve tránsito edénico. Es el tiempo que la soledad descubre su casa en el corazón del hombre. Allí despunta, florece en la indigencia de

nuestros padres su desamparo, su fragilidad “suenan como la pata de la paloma al quebrarse” dice Sabines y allí empiezan a darse entre la confusión y el miedo, los primeros cantos, las primeras palabras, son “el canto del polvo que se reúne y canta silenciosamente”.

La gente gusta embarcarse en los veleros de Sabines. Tiene cada uno insignias y velamen poderosos. Son veleros de palabras, incitaciones, penalidades y asombros, están contruidos como artilugios para que se sientan tus propios misterios, para explicártelos y liberarte de su presencia insomne. Sabines es el gran ordenador, el capitán general de esta reunión de veleros del mar y del viento, veleros de los cantos, veleros de la sal y del sol, veleros de la memoria recobrada pero también de la piel ardorosa, del agobio de la ternura entre sombras separadas y al mismo tiempo inseparables. ¿De dónde le viene a Sabines esta unidad, esta fuerza testimonial, esta experiencia sobre los primeros deslumbramientos del hombre en su tránsito edénico? ¿Sobre qué suelo macizo descansa su cuerpo y su sombra, cuál es el sustento de su clarividencia? Yo creo que los poetas salen de las virtualidades que se dan en su infinito alrededor, son una forma de la virtualidad del tiempo y del espacio, es esta virtualidad la que produce una estética, una manera de ser, vista y olfato distintos; los poetas respiran el tiempo, se alumbran con las sombras, caminan como visitantes que vuelan sobre nosotros como nubes, no se quedan nunca con nadie, no se sabe si son seres ausentes o gente que duerme con los ojos abiertos, son traductores de textos ocultos, entre otras muchas cosas.

Sin embargo, a pesar de su inmaterialidad, de su capacidad de traducir, de descifrar, de mudar las cosas de su infinito alrededor o quizá a pesar de su inocencia, que es una connatural virtualidad

de los poetas, y la visión de Sabines es especialmente poderosa en ese sentido, usan los utensilios, las máquinas, los elementos de una vertiente terrenal, de un territorio que les fue asignado por un azar misterioso. Por eso puede decirse que los poetas son hijos de su Tierra, aunque su aliento ocupe límites desconocidos. Por esto es válido preguntarse dónde está Chiapas en la obra de Sabines, cuáles son los ingredientes que Chiapas le dio a sus deslumbramientos, qué fuerza de Chiapas empuja su mano para escribir el rescate de sí mismo, para ennoblecernos, para ennoblecerse. Chiapas es un continente de tierras y de pueblos, no es una cosa simple que puede entenderse pronto, aquí hay memorias; puestas una sobre las otras, hay en Chiapas una arqueología de ojos enterrados, de vientres palpitantes, de sudores calcinados, de gritos y cantos sonoros; Chiapas es una esfera de luces prendidas en mitad del día y de la noche, es también el fruto de viejas plantaciones de historias y palabras. Los chiapanecos hemos vivido siempre en un archipiélago de memorias, somos un archipiélago de estirpes, de pueblos y de ciudades unidos por nuestra soledad, por el amor a nuestros ríos, a los grandes árboles ancestrales, al eco de nuestras voces; estamos unidos por el despojo de nuestros muertos; somos una gran comunidad de versificadores, es decir, de traductores del aire y de la lluvia. Tal vez de este fondo subterráneo provenga Sabines. Pero sea éste u otro su ensimismamiento, Sabines es un poeta de Chiapas. Es el regalo que este archipiélago de historias y de pueblos le dio a la gente de todas las latitudes, para que embarcándose hacia el amor, tengan junto a sí nuestro aliento, la humedad de un día lluvioso sobre nuestros cantos silenciosos, la penumbra y fulgor grávidos de Chiapas.

Tuxtla entre las manos

Tuxtla, esta ciudad devorada por el ruido y el tráfico de gente y de máquinas (entre estas últimas la prensa, la radio y la televisión) fue hace muchos años, quizá no tantos, un ameno lugar en el que perduraban ciertas armonías de los pasados siglos, una de ellas sentir los cantos húmedos y frescos de la madrugada, o favorecerse al mediodía con la sombra de los truenos y nambimbos de su plaza mayor, o gozar de las frondosas riberas de su río, de los limpios cristales de sus pozas y corrientes o, en fin, aspirar — sí, aspirar — los crepúsculos de plomo reluciente y alto del invierno; azules profundos de la primavera; cárdenos anaranjados del verano y los fantasmagóricos del otoño poblados de lanzas, locomotoras rasantes, árboles de inmensas frondas algodonosas, rostros montañosos acerados, algún carro antiguo tirado por corceles humeantes, y cuánta otra imaginería increíble que se produce en el cielo de la tarde. Era entonces la reunión del cielo con la tierra, de los humanos aconteceres y humores con la plenitud de la luz, que nos guiaba con lámparas en la mano de cada quien, no eran tanto certidumbres como libertades, eran una urdimbre de cosas que juntamente tejía aquella tranquila comunidad. Era la misma palabra, el mismo yunque sonando en los barrios y los misterios y cánticos de las tres vírgenes, que venían a reconocer las viejas propiedades de sus hijos ancestrales, entre las frutas y panes del dolor y del olvido, que padecen sólo los exiliados.

Alrededor de Agripino girábamos atraídos por novedades deslumbrantes: el *Lazarillo de Tormes* y *La Celestina*, quizá lo más gozoso; los versos de san Juan y de fray Luis, que ejercieron, pasados los años, cierta profunda influencia en la visión y sentimiento de la vida y la realidad, y así hasta llegar a los peldaños de la varia obra cervantina — no menor — como el *Licenciado Vidriera*, el *Diálogo de los Perros* y otras sólo de oídas, en las que don Agripino afanaba heroicas tentativas para introducirnos en el mundo de aquella luz nueva, en los verdes territorios de la literatura

Recuerdo bien al grupo de luciérnagas revoloteando en torno de aquel foco atrayente: Luís García Corzo, Daniel Robles, Eraclio Zepeda, Juan Bañuelos, Óscar Oliva, Mercedes Camacho, Raúl Serrano, Mario Pinto Gordillo, Héctor Esquinca, Herminio Chanona Grajales, el mismo Guillermo Interiano, que pertenecía a la órbita de don Manuel Grajales, Chuy Alvarado y muchos más que iniciaban, con extraordinaria emoción, su acercamiento a las fuentes primigenias de su propio pensamiento y de su idioma, es decir de su cultura. Don Cheo Mellanes Castellanos y don Armando Duvalier eran otros signos de la creación literaria. Los dos eran críticos y creadores, hablaban de la historia de la literatura y hacían literatura, eran poetas, es decir, descubrían el mundo asombroso que está detrás de las palabras, de las palabras traspasadas por una voluntad irreconocible que no es la del poeta. Ramón Rosemberg Mancilla alteraba el tranquilo paisaje que recorríamos en aquellos años prendidos, aunque fuera a distancia, del material que el maestro Agripino y el maestro Cheo nos proporcionaban. Rosemberg nos trajo sus poemas. Eran cosa cercana a nuestra experiencia. Hablaba del jabón Colgate y de los sportmen. Darío se metía súbitamente en nuestros campos.

En cierta medida el tono de Darío coincidía, en los herrajes del tiempo, con el de fray Luis de León, a quien el maestro Agripino apreciaba en extremo. Los versos de fray Luis sobre las virtudes de la “vida retirada” venían rodando desde 400 años antes y se acomodaban en la inquietud del bardo nicaragüense que escribía aquello de “dichoso el árbol que es apenas sensitivo”. Fueron, es, la corriente subterránea de la poesía. Lezama Lima, maestro en el arte de respirar en el fondo del mar, dedica buena parte de su *Introducción a los vasos órficos* a elucubrar sobre la transmisión de las sombras (del mismo árbol) y agrega crípticamente que “el caballo no salta en el aire sino salta y escapa de una palabra”. El mismo maestro Agripino, en tarde memorable, nos leyó un pasaje largo de su *Sombras de la vida*, su novela de juventud, en que el viejo realismo decimonónico quizá más de Payno que de Lizardi, engastado en una oclusiva corriente romántica reverdecía, por ejemplo, en algunas estampas de las fiestas de ensarta de flores y salmos, en Ixtapa, su pueblo, que alegraban su obra.

Las almas y las conciencias van haciéndose así al amparo e influjo de estas alfaguaras, de estas fuentes de las que provenimos, de voces y palabras que el transcurso del tiempo temple y hace resplandecer como nuevas nostalgias y luces y sombras. Y las otras cosas simples: la cercanía de los amigos, el niño alado que nos lanza sus primeras saetas, los placeres ciudadanos, las plazas, los muros y lozas y los libros. Tuxtla nos daba el gozo de ser interlocutores suyos, de ser sus obreros de no sabíamos qué proyecto presente ni futuro. Apenas recién construido por don Pancho D´Amico el claustro de la secundaria, cuya vida interior ocupa alucinantes recuerdos de decenas de generaciones, la ciudad se acomodaba

gratamente en nuestras manos, la teníamos como una interior, real y armoniosa expectativa vital, y sigue siéndolo todavía, a pesar de que tengamos sobre nuestras espaldas y sobre todo sobre nuestras conciencias el drama amargo del Sabinal. Es como la bandera desecha de un regimiento derrotado, sin que nadie la levante ni intente reivindicarla, ni reparar su perdida dignidad. Pero Tuxtla con sus cien sabinos es todavía, contra la indigencia y la estulticia de los discursos de sus políticos y la indefensión de su gente, una ciudad con amaneceres tranquilos y tardes bordeadas de luces ámbar. El 10 de septiembre de 1586 fray Alonso Ponce, visitador de su orden, ya pardeando, llegó a Tuxtla proveniente de Ciudad Real, después del paso dificultoso del Río Grande. La humedad del tiempo, los peligros del camino, la hora crepuscular de su entrada a Tuxtla, el cansancio, sólo le permitieron a fray Alonso y a sus acompañantes percibir la vida armoniosa y la pulcritud de sus habitantes y exaltar el trabajo de adoctrinamiento que se había cumplido con ellos. Curiosamente en otro 10 de septiembre pero de 1893, en la hermosa ciudad de Santiago de los Caballeros, el vate Figueroa terminaba su gran poema a Tuxtla. Sus últimos versos dicen: “Pero cualquiera cosa que vea ¡oh! Tuxtla invicta/ bendito sea ese destino que Dios te dio/salud ¡oh tierra de los vergeles/ cuyos recuerdos tienen las mieles/ de la encarnada flor del sospó”.

Lo del destino y los vergeles está en veremos, todo depende de nosotros, aunque la encarnada flor del sospó haya sido, y sea siempre, un gratísimo regalo de Dios.

Discurso por don Samuel León Brindis

Nos reunimos hoy a recontar la historia. Creo que Goethe dijo que el que no sabe llevar su contabilidad por todo lo que el hombre ha vivido en siglos y milenios, se queda como un ignorante en la obscuridad y sólo vive al día. También lo que acontece y se va acumulando con el paso del tiempo, por muy largo o breve que sea, nuestros desvíos y aciertos, nuestra experiencia sensible, debe contabilizarse en el libro mayor de nuestro patrimonio, como lo que realmente es: la razón y valor de nuestra vida y el deber de dejar impresa la huella de nuestro paso hacia el porvenir, para que otros la reconozcan, para que otros la sigan en el largo viaje en que los hombres estamos comprometidos, o para que la nieguen y disciernen mejor otros caminos, otras posibilidades, otras alternativas, en la búsqueda de su propia verdad.

Lo importante en el trabajo histórico que hacemos todos los hombres, es encontrarnos con nosotros mismos. Sin eso ninguna contabilidad de lo que nos sucede en el tiempo sería inteligente ni provechosa. Y sucederá que encontrándonos a nosotros, con toda nuestra realidad tal como somos, nos encontraremos con algo profundamente misterioso, hecho con una materia poderosa por sus apetitos del bien y del mal, una mezcla sobrecogedora de ángeles y demonios, el cuerpo dividido en luz y en obscuridad, en crueldad y compasión, en inteligencia y locura, en tolerancia y generosidad.

Si yo quisiera ver allá a lo lejos el destino de esta extraña criatura terrenal, si quisiéramos prever o simplemente presentir el lejano futuro que le espera —si logra salvarse de sí misma y de los abismos que acechan su paso— creo que descubriríamos un ser que navega en el espacio infinito, atado a la angustia de no saber de dónde viene, ni quién es, ni qué le espera en este tránsito cada vez más escabroso hacia el porvenir desconocido. Esta visión de la vida del hombre, en el espacio y en el tiempo, no debe ignorar, ni ignora de ninguna manera, las *ore lieti* de que hablaba Dante en *La Divina Comedia*; las horas de íntima alegría que hemos vivido en días memorables, bajo la sombra de árboles inmensos, junto al ruido del mar o la placidez de las plazas populares, en la frescura de las noches o en la regocijante tormenta de la lluvia; en el íntimo recogimiento y gozo espiritual que da el amor, la fe en lo que nos rodea y la convicción de que somos parte de un hálito universal que guía nuestra barca en el mar proceloso en que navegamos.

Me conmociona pensar que hace cien años vino al mundo un hombre como Samuel León Brindis. Y esta última frase bastante común, nos pone frente a un hecho indescifrable: ¿de dónde venimos, cómo ingresamos a la luz y al viento, a la obscuridad y a la soledad de este mundo? No hay nada más extraordinario ni magnánimo con el hombre, no hay un mundo tan real y al mismo tiempo tan misterioso, como el vientre materno. Allí la entraña de los seres humanos percibe el fuego del arcano universal, la vida terrena y la vida extraterrena; una fuerza incomprensible nos imprime las claves del mundo cercano y de los otros mundos; una tenue luz se prende en nuestros ojos, que nos ayuda a dar los primeros pasos en el camino de las revelaciones esenciales del mundo de la materia y del espíritu.

El hombre viene armado para luchar contra su pequeñez y debilidad; alguien lo dotó con la fuerza de su razón, de su sensibilidad, de su valor y de su generosidad.

Salimos de un espacio irrepetible, venimos de la plenitud de la gracia, que sólo el vientre materno puede darnos; y arribamos, en un tránsito prodigioso, a un mundo nuevo, impactante, generalmente reducido por la vana experiencia, a algo cotidiano y habitual; sólo en nuestros primeros años seguimos asombrándonos de lo que este planeta contiene y reproduce: el color de las cosas, sus formas, el aliento que nos produce cada circunstancia y cada uno de sus seres, la luz y las sombras, los cantos del viento sobre árboles y montañas, la música de quien nos habla y penetra nuestra piel, las voces, y el recuerdo de las voces, aún de los seres más cercanos a nosotros; todo es descubrimiento, lucidez y asombro. Pero llegan los años, no muchos años, y lo que nos rodea se convierte en algo perfectamente conocido, regulado y rutinario. Sin embargo, algunos de nosotros, como es el caso del doctor León Brindis, conservan su relación con el mundo tal como es: misterioso, ideal y, al mismo tiempo, absolutamente real y pragmático.

La serie de circunstancias históricas que conmocionaron la vida de México, que se dan a partir de los finales del siglo XIX hasta 1940 aproximadamente, labraron en Samuel León Brindis una visión pragmática de la vida y de la realidad, pero no el pragmatismo que se da como una negación de la inteligencia y la sensibilidad, sino como el resultado de la necesidad de definir y materializar los medios para llegar más pronto y de manera más directa al bien común. El pragmatismo de don Samuel fue un pragmatismo humanizador. Su obra, en la esfera pública, está señalada por la

preocupación de construir con un sentido de provecho y beneficio inmediato, que además se prolongue por mucho tiempo por la consistencia de su proyección en la vida social y por la pertinencia política del esfuerzo. Creo que en eso fundaba el doctor León su estricto ejercicio del poder político, y en una profunda comprensión del valor de la ley como una norma de conducta que nadie puede violar sin poner en riesgo el patrimonio que todos hemos venido enriqueciendo con grandes esfuerzos, y que identificamos de manera simple con el nombre de bien común. Y el bien común más importante en la obra y la vida de Samuel León Brindis, fue el respeto a la ley, el enaltecimiento de un orden fundado en la justicia, pero un orden mayor como condición humana, un orden contrario al caos, a la obscuridad y a la confusión. Y en este sentido es sobresaliente la virtud leonbrindista de la serenidad y el equilibrio en el quehacer político. El doctor León Brindis nunca dejó de saber lo que era necesario o conveniente hacer en la dirección política de Chiapas. No padeció confusiones ni fue proclive al ocultamiento ni al engaño. Y una virtud más: trataba con respeto y consideración a quienes pretendieron engañarlo. Si algo ajeno hubo en la conciencia de ese hombre singular fue la enemistad y mucho menos la persecución política, que tanto éxito ha tenido después como forma de gobierno.

Las historias que el doctor León Brindis contaba a veces, cuando le asaltaban los recuerdos de su larga, azarosa y fecunda vida política, o cuando sentía a su alrededor las cálidas brazas del afecto y la amistad, eran historias llanas, sin afeites de ninguna naturaleza, eran el reflejo fiel de toda su filosofía y su humanismo, eran la versión de las cosas producida por una mente y una conciencia

que habían logrado comprender la condición del hombre, con sus sueños y sus ambiciones.

También recuerdo al doctor León Brindis como un poeta romántico, enamorado del amor, seducido por la extrema soledad que da el amor, era una forma de su pasión por la vida, y era también una forma, un signo de su generosidad.

Tenía el doctor León Brindis otras aptitudes sobresalientes: domesticaba sapos, se dormía a mitad de una entrevista inservible, aguantaba, en sus buenos tiempos, hasta cuatro minutos debajo del agua, resistía y perdonaba insultos y procacidades en el box, dormía casi desnudo en su hamaca, en su maletín de médico no fueron conocidos los efluvios de las aspirinas, ni hubo allí rincones para termómetros y estetoscopios; le pareció mejor y más práctico acomodar allí mangos, guineos y guanábanas que regalaba a sus amigos; y la hebilla de su cinturón casi siempre andaba de lado. Pero quien recibió la mano del doctor León Brindis, recibió una herencia invaluable y un compromiso.

Esas dos cosas nos honran a todos por igual, nos alientan y nos dan la fortaleza de un ejemplo vivo de serenidad, convicciones y valor civil como fue, y es, el doctor Samuel León Brindis, a quien el día de hoy venimos a saludar, como escolares a su maestro, y con nuestras mochilas cargadas de flores.

Señor don Federico Salazar Narváez, Presidente Municipal de Tuxtla Gutiérrez:

El doctor León Brindis fue su antecesor en el cargo tan honroso de presidir el ayuntamiento tluxteco. Esa circunstancia, y el hecho de ser usted, como muchos de los que estamos aquí, un político que recibió de manera directa la influencia humanizadora y pragmática

de don Samuel, le confiere una más clara responsabilidad moral de trabajar por la legalidad y justicia y prosperidad de los tuxtlecos, y por la reconciliación y solidaridad de todos los que hemos buscado y encontrado acomodo en este viejo valle de Coyatoc, como en una gran nave en la que navegamos juntos identificados por el anhelo común de encontrar un puerto que nos proteja y ampare de tempestades y tormentas, y nos depare un lugar de paz fructífera y creativa que dignifique nuestra vida y la de nuestros hijos.

Que este homenaje, que este recuerdo afanoso del doctor Samuel León Brindis, coiteco de origen y tuxtleco por convicción, vuelva a sellar nuestra responsabilidad y compromiso con Tuxtla Gutiérrez y con Chiapas.

Contenido

PALABRAS PRELIMINARES DEL EDITOR	7
PRÓLOGO	13
APUNTE INTRODUCTORIO. NOTICIAS DEL ARCHIPIÉLAGO.	17
PRIMERA PARTE. LA REACTIVACIÓN DEL PASADO	
Los manantiales del archipiélago	25
La conquista: encomendería y evangelización	29
La mezcla de sangres.	37
Los muros indios perseveran	41
La frontera extraviada	47
SEGUNDA PARTE. ¿DE QUÉ MADERA ESTAMOS HECHOS?	
Queremos unidad no subordinación	55
Una sola paz verdadera.	61
Discurso por Chiapas.	67
Chiapas, un caballo al trote (Entrevista con don Noé Farrera Morales, director del periódico “Péndulo”).	77
¿Transición real o transición cibernética?.	81
Fragmentación social y exclusión histórica	87
El Síndrome de La Gineta	94

TERCERA PARTE. EL CABALLO QUE SALTA DE LA PALABRA

Sobre <i>Las orillas del cielo</i> , la novela de Paco Chanona	99
El arca eraclitiana como ilusión del amor purificado.	105
Los topónimos de Chiapas	113

CUARTA PARTE. DEVOCIONES Y NOSTALGIAS

Artemio “pone sobre el papel, su vida”	123
Don Miguel, don Miguel	127
El Sabinal protagónico	129
El gusto por Sabines	131
Tuxtla entre las manos.	135
Discurso por don Samuel León Brindis.	139

OJO: COLOFÓN

